



# PHARMA

A 31



REVISTA TEOSOFICA  
PUBLICADA POR LA RAMA "VENEZUELA"  
CARACAS VENEZUELA



# SUMARIO

	<u>Páginas</u>
La Sociedad Teosófica, .....	49
Rama "Venezuela," .....	51
La Sociedad Teosófica y la Teosofía, por H. B. Mitchell ..	52
América, por Helena Petrowna Blavatsky .....	69
Ante la obra, por Tito Alba .....	70
La Meditación, por H. B. Mitchell .....	75
La Teosofía y el Hipnotismo, por John Schofield .....	81
Orden de la Estrella de Oriente, por Juan de Sales .....	87
Ecos y Notas, .....	90

---

---

## LA OFICINA CENTRAL

y Local de la RAMA "VENEZUELA" de la Sociedad Teosófica.

Sita Norte 3, número 38, (Canónigos a Esperanza)

está abierta todas las noches, especialmente los miércoles y los sábados, menos los domingos, de 7 a 10 p. m.; y a sus reuniones, estudios, & puede asistir todo el que lo desee, sin necesidad de previa presentación ni pertenecer a la Sociedad.

Es un punto de reunión para todo investigador sincero de los problemas de la vida, donde se expone todo género de opiniones, de un modo completamente libre y amplio, como ha de ser lo compatible con el ideal de bondad y tolerancia que son los de libertad y cultura bien entendidas.

Hay una Biblioteca orientalista bastante extensa para el estudio de los concurrentes.

---

Se invita a los miembros a enviar preguntas, o respuestas a preguntas, opiniones y notas sobre asuntos teosóficos. Cuidarán de escribir claramente, en sólo una plana del papel. Hacemos extensiva esta invitación a cuantos aspiren a conocer el concepto teosófico acerca de cualquier materia de filosofía, o religión, o de los muchos problemas de la vida.

Diríjense las comunicaciones al Norte 3, número 38, Salón de la Rama "Venezuela."

# DHARMA

PUBLICACION TRIMESTRAL

ORGANO DE LA

RAMA "VENEZUELA"

Ⓢ

SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00



REDACCION Y ADMINISTRACION:

NORTE 3. NUMERO 38.

CARACAS

Ⓢ

SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00

## SEGUNDA EPOCA

"Ninguna opinión de persona alguna puede estar por sobre la opinión de nuestra propia conciencia".

H. P. BLAVATSKY.

A excepción de los documentos oficiales, la Rama "Venezuela", de la S. T., como tal, no es responsable de las opiniones o declaraciones que publique esta Revista, sea quien fuere quien las autorice.

Año I

Caracas: julio de 1913.

Núm. 2

## LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

La Sociedad Teosófica se encuentra constituida actualmente por treinta y siete Ramas, que funcionan en varias naciones. Estas eligen, todos los años, representantes a la Convención Teosófica que se reúne en los Estados Unidos, en el mes de Abril. Bien se comprende por la celebración de estas asambleas que, resultando la Sociedad de la suma de sus Ramas, expresa todo el carácter de un cuerpo internacional, con sus funcionarios en New York. Además de otras atenciones pertinentes a sus posibilidades económicas, la Convención emprende el estudio del trabajo desempeñado por cada Rama en provecho del movimiento de nuestras ideas.

En esta vez, según lo dice el generoso documento que publicamos en seguida, del ilustre escritor Mr. Charles Johnston, Presidente del Ejecutivo, la Rama "Venezuela", a la que pertenecemos, ganó puésto distinguido en las labores del presente año. Alegría sana se expe-

rimenta cuando la voz honrada de la gran Convención traduce los esfuerzos de nuestra Rama como fieles a los ideales proclamados por madama Blavatsky y Mr. Judge, ideales que sirven de fundamento y de razón de existencia de la Sociedad Teosófica en el mundo.

*Brooklyn (New York), mayo 13 de 1913.*

*A los miembros venezolanos de la Sociedad Teosófica  
Compañeros:*

*A nombre de la Sociedad Teosófica cumplimos el encargo de expresar nuestras gracias más sinceras por vuestra carta de cordial saludo; y de manifestaros que el gran progreso de nuestra Sociedad en Venezuela es uno de los rasgos más notables de nuestra historia durante el año pasado, causa de gozo y de reconocimiento para nosotros.*

*Creemos que la prosperidad de esa parte de la obra de la Sociedad Teosófica, encomendada a vosotros, se encuentra mejor asegurada sobre el hecho significativo que afirmáis: vuestra fidelidad a los altos y puros ideales declarados por madama H. P. Blavatsky y Mr. W. Q. Judge, en la época de la fundación de la Sociedad, ideales en los cuales ellos vivieron y murieron.*

*Nos complace ver la propicia y significativa oportunidad que se os presenta en Venezuela, lo mismo que el espíritu de simpatía que tan evidentemente sale al encuentro de vuestra labor. También nos complacen los medios eficaces que empleáis para aprovechar, de varias maneras, aquella oportunidad, comprendiéndose en ello la fundación de una revista trimestral, y de otros periódicos consagrados a nuestros estudios e ideales; y sentimos la seguridad de que el beneficio de poderes espiri-*

*tuales acompañará vuestra obra, realizada con tanta energía y fervor.*

*La nota fundamental de nuestra Convención fué un sentimiento fuerte y profundo de las brillantes oportunidades de que disponemos, y también de las graves responsabilidades que, a causa de aquellas oportunidades, gravitan sobre nosotros. Confiamos en que todos nos hallaremos capaces de probar que somos dignos de nuestra gran obra, y de que, con el auxilio de aquellos poderes espirituales que protegen siempre a los servidores adictos, llevaremos adelante la grandiosa labor recibida de los grandes fundadores de nuestro movimiento.*

*De vosotros, sincera y fraternalmente,*

CHARLES JOHNSTON.

Presidente del Ejecutivo de la Sociedad Teosófica.

---

## RAMA "VENEZUELA"

El 25 de junio último, de acuerdo con el Reglamento, se procedió a hacer la elección de los funcionarios para el nuevo período de 1913 a 1914, habiendo resultado electos, por unanimidad de votos, los socios siguientes: para Presidente, señor doctor Rafael Villavicencio; para Vicepresidente, señor Rafael Rodríguez López; para Tesorero, señor Miguel Benzo; para Secretario de Actas, señor E. Fuenmayor Morán; para Secretario de correspondencia, señor Juan José Benzo; y para Bibliotecario, señor A. González Jiménez. El 19 del actual los nuevos elegidos entraron a ejercer sus cargos.

Motivo de muy íntima satisfacción ha sido la elección recaída en el socio señor doctor Rafael Villavicencio para la Presidencia

de la Rama, pues al amparo de sus notorias virtudes, bajo la influencia de sus sabios consejos y exquisita dirección, la vida de esta Rama de la Sociedad Teosófica adquirirá mayor intensidad, acrecentará sus fuerzas, y con nuevo entusiasmo y decisión continuará colaborando en el plan que sobre amplias y sólidas bases han trazado nuestros Hermanos Mayores.

---

## La Sociedad Teosófica y la Teosofía

por Henry Bedinger Mitchell.

### IV

*Concepto de la Vida y de la Verdad sostenido como base  
de un programa libre.*

Por sobre nuestros actos, y como sugiriéndolos, prevalece cierta filosofía de la vida que consciente o inconscientemente nos pertenece, y que al mismo tiempo se revela y conoce por sus efectos. Hay verdad tanto como gracia en el aserto de que por más pesimista que aparezca un libro, su autor nunca lo fué de corazón. Porque nadie escribiera sin la creencia de que su pensamiento influiría en los demás; y esa creencia prueba un optimismo tan puro como simple. Juzgado en esa forma, el silencio persistente de la Sociedad, como tal, ante materias de opinión y de creencia, manifiesta a las claras la filosofía de la libertad espiritual mantenida por sus fundadores. Pero la liberalidad y la tolerancia se les confunde fácilmente con la indiferencia; y la despreocupación del discípulo que ha vislumbrado lo infinito de la verdad, se le califica a menudo de agnosticismo por aquellos que se educan en la creencia de que toda la significación de la vida puede expresarse en una fórmula exclusiva. La respuesta a semejante crítica se encuentra en el método sintético y positivo de investigación y procedimiento establecido por la Sociedad. Y aunque cada quien dispone de libres facultades para interpretar ese método desde su propio punto de vista, a mí me parece un testimonio de la creencia en la uni-

dad de la Vida y de la Verdad. Que este principio de unidad y de libertad espiritual se mantuvo por los fundadores del núcleo, lo sabemos todos nosotros. De ninguna manera se impuso; pero rige el propósito que dió nacimiento a la Sociedad. Considera el universo, como uno; a la vida, como todo; y asimismo, uno el Ego del universo y nuestro Ego verdadero. Según las hermosas palabras de madama Blavatsky, "es la identidad fundamental de todas las almas con la Super - Alma universal". Asimismo se afirma que todas las verdades sólo expresan los aspectos o variantes de la Verdad; que no existe nada que no encierre una significación, ni nada tan humilde que carezca de labor y sitio en el gran todo. Y de esto se sigue que alcanzar la Verdad, o adquirir el poder y el conocimiento de sí, vale tanto como crecer hacia una unidad positiva, avanzando por el camino de la simpatía, de la síntesis y de lo impersonal, o rompiendo a través de los velos de las personales diferencias hacia la llama central del genio que resplandece sobre las humanas inteligencias.

## V

### *Los objetos de la Sociedad*

Aquella actitud hacia la vida y la verdad se expresa en el primer objeto de la Sociedad, que dice:

*Formar el núcleo de una fraternidad universal de la humanidad sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.*

De esta manera se funda el principio de unidad espiritual y se indican los medios de crecimiento por la simpatía, la síntesis y por una mente desprevenida.

Los objetos subsidiarios son:

*El estudio, junto con la demostración de su importancia, de las religiones, filosofías y ciencias antiguas y modernas; y La investigación de las leyes inexplicadas de la naturaleza y de los poderes psíquicos latentes en el hombre.*

La actitud teosófica de simpatía y de síntesis que, del primer objeto, se refiere a las aspiraciones individuales; del segundo, se extiende a los sistemas de pensamiento. A sus auspicios la Sociedad emprendió el estudio de las religiones comparadas, pero con

la distinción siguiente: que mientras, a menudo, en las otras escuelas el método observado consiste en descubrir los puntos antagónicos o de diferencia, en la Sociedad Teosófica, desde sus comienzos, se aplica preferentemente el método de inquirir sus analogías o semejanzas, y de encontrar las verdades y leyes centrales de la naturaleza del alma en todas las religiones, y a la cual convergen éstas, como hacia el eje los radios de la rueda. Un ligero estudio sirve para demostrar su importancia: no sólo por la nueva claridad que un criterio simpático acerca de las otras religiones derrama sobre la nuestra, sino también por la revelación que el unánime testimonio personal de los videntes y profetas, santos y místicos de todas las edades y razas, han hecho de las leyes fundamentales de la vida espiritual. Y es imposible encontrar, por nuestra propia experiencia, las verdades primitivas claramente perpetuadas en los geroglíficos del Antiguo Egipto, en el sánscrito de los Upanishads, en las enseñanzas de Buddha, en el Evangelio del Cristo, en los escritos de Molinos y en las visiones de la bienaventurada Margarita María, sin un penetrante sentido de su realidad universal y de su profunda significación. Y es más fácil obedecer las inspiraciones de nuestra guía interior cuando conocemos que el sendero que a ella conduce lo recorrieron las grandes almas de innumerables centurias del pasado.

También por ese estudio se alza más claro ante el pensamiento occidental el genio del Oriente. Aprendemos a ver más de una faz del escudo; y a medida que se amplían nuestras facultades de comprensión, crecemos también en humildad, en aptitud de ayuda, en las capacidades gemelas de dar y de recibir. Aprendemos a ver que las formas de la Verdad son cada una, reales o genuinas, en su propio terreno y grado; y cada una, necesaria como suplemento de las otras. Así la ciencia requiere el apoyo de la filosofía y de la religión para comunicar libertad a su genio, para despejarle espacios más allá de lo concreto y de lo visible, hasta que sus fines abarquen toda la vida. Y la religión, a su vez, requiere el auxilio de la ciencia, requiere sobre todo aquel su estricto sistema que reduce todas las cosas a la prueba del experimento.

A ese campo científico desconocido, desenvuelto más allá de lo visible, donde el asunto de la experimentación escapa a la balanza y al escalpelo, se dirige el tercer objeto de la Sociedad, en cuya



observancia aceptamos la misma universalidad de la vida, la misma actitud tolerante y abierta a las demás opiniones, que caracteriza el espíritu de la Sociedad. Con la investigación de los poderes psíquicos del hombre nace la capacidad de exponer explicaciones, mucho más sencillas y razonables que las corrientes, acerca de los fenómenos del espiritismo; y a medida que se avanza en el estudio de las fuerzas sutiles de la naturaleza, se aprovechan de ello tanto la religión como la ciencia: la religión, para ampliar más el principio de que las leyes y poderes de la vida interior se evidencian y desenvuelven como la reflexión de las leyes y poderes universales; y la ciencia, para ampliar el principio de que las energías del éter son la fuente de toda energía física.

## VI

### *La actitud teosófica*

Tales se consideran los fines de la Sociedad. Sólo se solicita de los miembros la adhesión simpática al primero de ellos, para que así forme su *actitud intelectual* hacia la vida, una como convergencia al centro, sin lo cual carecería de importancia y de significación el trabajo de la Sociedad. Actitud franca, desprevenida, de benevolencia, tolerancia y ánimo sincero en servir y beneficiar a los demás, a la vez que de ser servido y beneficiado; y aquellos que la adopten se hallan en condiciones de elegibles, indiferentemente del género de creencias que profesen. Hasta lo infinito se multiplican las razones de aquella actitud indispensable y necesaria. Se ve, patente, que no se someten los miembros a ninguna clase de sugestión, salvo su simpatía por el objeto de la fraternidad de los hombres, y la nueva disposición intelectual de que hemos hablado.

## VII

### *El método teosófico*

Si los socios aspiran al ejercicio de su benévola inclinación y a participar del trabajo de la Sociedad, a su alcance encontrarán el *método práctico* para realizarlos. Es el método práctico de la li-

bre discusión dentro de un ambiente amable de cultura y de tolerancia. Cada quien contribuye a crearlo, cada quien inclina el oído, benevolamente, hacia las varias voces de las opiniones.

El método se aplica como consecuencia de la franca disposición teosófica hacia toda verdad, porque vale; y hacia todo concepto, porque significa algo. Y presupone, desde luego, que el elemento esencial de la investigación no consiste en la importancia relativa de este o aquel juicio individual, de esta o aquella verdad fragmentaria, sino en el conjunto sintético de todas las opiniones y en sus aspectos reunidos. Se desprende de aquí, por qué las discusiones tienden a los acuerdos y no a las diferencias. Y una idea, por más que difiera de las otras, ha de tener su lugar en aquella unidad armónica, con plena y libre oportunidad de expresión. No se gastará mucho tiempo en la práctica de este sistema sin que nos penetremos de que *nuestra verdad* no se reduce a una parte fragmentaria de opinión, asida, en un momento cualquiera, a nuestra conciencia, sino que se extiende a algo más amplio y armonioso. De suerte que sus diferentes aspectos, obrando sobre nosotros desde la mente de los demás, darán riqueza, ensanche y luz, de antemano, a nuestras concepciones.

Los temas de discusión que se desenvuelven dentro de este método son extensamente variados. Pero por el carácter sintético del método, concurrente siempre a un centro, los temas elegidos conservan, de ordinario, cierta relación con un mismo origen: con la vida espiritual en la que todas las almas se unen; o con las fuerzas más sutiles de la naturaleza, de las cuales se originan las fuerzas físicas como transformaciones diferenciadas. La Sociedad Teosófica no es un simple club de controversias.

El método teosófico se emplea no sólo en las discusiones de sus Ramas, sino también, con gran provecho, en el estudio que emprenden los miembros. Estimula el acercamiento a un tema de estudio, y lleva a lo fundamental antes que a los detalles. Impersonal el método, su uso ayuda a redimirnos de preocupaciones, y a dirigir todo nuestro ahínco hacia la investigación de la verdad.

La actitud y el método teosófico constituyen el aspecto externo y la vida de la Sociedad. Si adoptados y aplicados con persistencia, conducirán sus miembros a algo que, éticamente, es un espíritu; y religiosamente, una vida. Pero sobre estas cosas no podemos insistir ahora.

## VIII

*Historia de la Sociedad*

La Sociedad Teosófica fue fundada en la ciudad de New York, el 17 de noviembre de 1875, por madama Blavatsky, Mr. Judge, el coronel Olcott, y otros, sobre los principios y objetos bosquejados arriba, habiendo sido sugerida la idea de semejante núcleo en conversación de madama Blavatsky y Mr. Judge, el 9 de setiembre del mismo año. Su nombre se deriva del griego *teosofia*, que literalmente significa sabiduría divina, o sabiduría de las cosas divinas, si a la acepción de la palabra sabiduría añadimos la de aplicada y practicada. Y así se distingue el término griego *sophia*, de *gnosis*, o conocimiento. Demuestra, por lo tanto, su nombre el propósito de la Sociedad no sólo de adquirir el conocimiento espiritual, sino también de emplearlo, aportando además el largo período de su historia, desde algunas escuelas de filosofía del Egipto hasta los neo-platónicos y gnósticos.

Su mote es: *No hay religión más elevada que la verdad*, que, según dicen, distinguió a la antigua familia de los Maharajhs de Benares. Conforme a lo expuesto, su nombre nos viene del Egipto y de Grecia; y de la India, su lema.

Su benevolencia, amplitud de miras y científica consagración a la verdad, atrajo pronto un círculo selecto de inteligencias; y también, como era de esperarse, sobresalientes mentalidades cuyo alcance no se podía, de antemano, medir; y a muchos otros, cuyas ideas carecían de auditorio. A todos se les acordó plena libertad, las más francas oportunidades, y una tolerancia perfecta.

A fin de utilizar el método teosófico y de celebrar reuniones regulares, se organizaron Ramas en las localidades. Así se extendieron por las principales ciudades de América, Inglaterra, Alemania, Austria, Italia, España, Noruega y Suecia, India, Australia y Sur América, anotando en sus registros a todas las nacionalidades y formas de creencia. Se editaron periódicos que difundían el beneficio de las investigaciones de los miembros; y cuyos primeros volúmenes resolvieron y esclarecieron la mayor variedad de temas. Trataron sus páginas de cristianismo, budhismo, brahmanismo, confucionismo, taoísmo, de enseñanzas religiosas olvidadas y oscuras,

de viejas filosofías consideradas como heréticas por la Iglesia primitiva, de los fenómenos del espiritismo, del hipnotismo, la psicometría, clarividencia y mediumnidad; de discusiones y especulaciones sobre etnología e historia primitiva de la raza humana; de la aplicación de la doctrina de la evolución a las religiones y al alma del hombre; de nuevas y originales teorías sobre la constitución de la materia y los principios científicos más amplios, muchos de ellos anticipados a los recientes descubrimientos.

## IX

*Lo que se llama Teosofía como esquema de vida formulado  
por madama Blavatsky.*

Pero lo más interesante de todo, a causa de su mayor alcance y más extensa concepción, fué el esquema de vida-filosofía que la misma madama Blavatsky presentó como colaboración a los comentarios generales. No se diferencian los principios fundamentales de este esquema de los prescritos para la formación de la Sociedad. No es fácil resumirlos, ni siquiera bosquejarlos imperfectamente. Envuelven y afirman la unidad del universo, la esencial identidad de todas las almas y el Alma Suprema de todas las cosas; la universalidad de la ley; una infinita evolución a través de ciclos periódicos de nacimiento y muerte, guiada por las leyes de causas y efectos, evolución en la que el hombre, tal como le conocemos, no ocupa de ningún modo el primer rango; el crecimiento de la conciencia hacia la permanente realización de su yo íntimo en la unidad central; el concepto de que todas las cosas se manifiestan como aspectos diferenciados de la Sustancia una, y todas las verdades como reflexiones de la Verdad primaria. De manera que todas las religiones aportan su verdad más elevada si meditamos sobre aquello de que son imágenes.

Eso lo llamaba Teosofía madama Blavatsky, asociándolo a los más antiguos sistemas de ese nombre, y cuyas características entonces como ahora, fueron las mismas. Si respecto de estas características consultamos el diccionario, se nos dirá que la "Teosofía difiere de la Filosofía en que parte de una noción trascendental de la divinidad para las explicaciones del universo manifestado, y

no generaliza partiendo de los fenómenos al sér y atributos de Dios"; y que además "difiere del misticismo en que no se satisface sólo con las relaciones del alma y Dios, sino que también especula sobre la constitución y proceso de la naturaleza".

## X

### *Este esquema se prueba por experiencia*

Asimismo procede la geometría euclidiana cuando parte de los axiomas generales a las aplicaciones detalladas. No se da explicación alguna tocante al origen de esos axiomas, sino que la prueba de su validez se encuentra en la estabilidad y conformidad de los resultados que se desprenden de ellos. Ocurre otro tanto con la prueba de los postulados y sistemas teosóficos, la prueba positiva, la de la estabilidad y conformidad de los resultados que provienen de su aplicación en el mundo, como sea posible que se conozcan por la experiencia. En vista de esta prueba resulta doblemente significativa la distinción entre *sophia* como sabiduría aplicada; y *gnosis*, como conocimiento.

Se desprende, desde luego, el hecho de que, en el razonamiento de lo universal a lo particular, no se emplea el método seguido en las generalizaciones filosófico-científicas; pero se le reconoce, por lo menos, como medio de enseñanza de la ciencia y de la filosofía, lo mismo que de la religión. Al estudiante de la química no se le obliga a renovar el largo y penoso proceso concluido para descubrir sus leyes, ya que, una a una, fueron establecidas, sólo importándole probarlas y realizarlas. No se le pide creer antes de la experiencia, únicamente se le anuncian los resultados, y dónde buscar las significaciones de cuanto se desenvuelva en su labor. Con todo, se le exige ese grado de confianza que mueve a obedecer la guía del maestro hasta que se ejecute la comprobación definitiva y final.

Evidente aparece ese caso de confianza en la enseñanza de las ciencias físicas, donde percibimos que el maestro posee un conocimiento más profundo que el nuestro. Pero una fe idéntica difícilmente se manifiesta en la ciencia de la vida misma, en la grave y seria alquimia del alma. Porque las fuentes de la experimentación,

aquí, fluyen de nuestros propios corazones y de nuestra misma naturaleza, y procedemos con dificultad en reconocer la existencia de aquellos que tienen un conocimiento más honda de la vida que nosotros. Si el estudio de la evolución humana versara sobre aquello en lo que se transformará el hombre, con preferencia al estudio de las formas inferiores recorridas por su organismo, nos fuera fácil creer que existen seres y vidas sensibles por sobre como por debajo de nosotros. Esto constituyó un punto cardinal en la filosofía de madama Blavatsky, la que debidamente apreciada, lleva a entender mejor el método adoptado por todos los maestros religiosos, quienes, sin embargo, de enseñar "Como uno que tiene autoridad", dicen: "Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió", u ordenando: "Sed perfectos como es perfecto nuestro Padre en el Cielo". Gracias a la plena creencia de madama Blavatsky en los instructores espirituales, en la continua presencia en el mundo de "hombres perfectos", podemos encontrar el origen y la explicación de su sistema religioso, filosófico y científico.

## XII

*La Teosofía en su sentido más extenso excede a una definición formal*

Madama Blavatsky consagró a la exposición de aquel esquema de vida, la mayor parte de su prodigiosa actividad literaria, dirigiendo, a su comprensión, la inteligencia de los hombres, por todos los medios a su alcance: señalando conformidad de creencias en todas las enseñanzas espirituales y demostrando, cómo cada una, se ajustaba al plan presentado por ella; revelando significaciones ocultas en las palabras, recusando aquí teorías científicas aceptadas, apoyando otras allá, correlacionando, sintetizando, retraduciendo y re-interpretando antiguas escrituras, hasta que la Teosofía apareció como el fundamento de todas. Pero jamás afirmó ser autora de lo que decía, de aquello que sólo se limitaba a exponer. Para ella la Teosofía sobrepujaba a toda definición formal. Era más bien una actitud; una tendencia y crecimiento hacia la verdad. Infinita la verdad, en su concepto, sólo podía conocerla, sin velo o clara, el alma

que participara de lo infinito. Ni se la enseña y confirma por medio de las palabras ni se ofrece como una fórmula a las estrechas inteligencias.

## XII

### *Las varias exposiciones sobre la Teosofía y el sentido dual an que se emplea el término*

Pero si sus principios fundamentales y aplicaciones no pueden describirse en todo su alcance, como tampoco, sin deformación, extenderse una esfera sobre un plano, por lo menos se les elucida o explica parcialmente. Se publicaron numerosos libros, artículos y periódicos, esclareciendo la materia desde múltiples diferentes puntos de vista, de acuerdo con el método de la Sociedad. Entre las obras más importantes figuran los cuatro volúmenes, poderosos y eruditos, de *Ishis sin Velo* y de *La Doctrina Secreta*, y su más pequeña y popular *Clave de la Teosofía*, como también *El Mundo Oculto* y *El Budhismo Esotérico* de Mr. Sinnet, y *El Océano de la Teosofía* de Mr. Judge. Por el mismo tiempo, y en seguida de los anteriores, aparecieron varios tratados de carácter más especial, tales como *La luz en el sendero*, *La voz del Silencio* y la edición del *Bhagavad Gita* de Mr. Judge, y en el cual se aplicaron los mismos amplios principios a la vida individual, y se pautaron direcciones para los que quisieran comprobar su validez.

A la causa de esta copiosa literatura expositiva, se empleó en doble sentido el nombre de "Teosofía". Elegida originalmente para designar aquellas verdades centrales, de las que, en el juicio de madama Blavatsky, se derivan las religiones y a ellas tienden, se la asoció más particularmente con las pruebas de su exposición. En el sentido primario y literal de "sabiduría de las cosas divinas", la Teosofía significaba igualmente la sabiduría del cristianismo, la del budhismo y de la ciencia: con una síntesis superior a un simple enunciado verbal, y cuya existencia era perceptible por el método y la actitud teosófica. En el sentido secundario se la aplicó especialmente a apoyar y a reinterpretar algunos elementos de la síntesis. Como materia de hecho cada uno de nosotros usó el término "verdad" precisamente con la misma dual significación, expresando

de este modo ya el carácter de verdad universal en su infinita integridad, o ya también la porción fragmentaria y deformada que, a veces, nos parece la opinión verdadera. Esta dualidad no presentaba inconveniente alguno a los miembros que, educados en la actitud y método teosóficos, aspiraban a la verdad por la síntesis y consideraban parcial toda declaración formalizada. Pero para el público ha sido causa de mucha confusión.

### XIII

*La Sociedad Teosófica no fué ni es sectaria de la Teosofía ni de ningún otro sistema de pensamiento*

Por consecuencia y amplia visión del concepto de vida lo mismo que por su genio y poder personal, madama Blavatsky conquistó muchos adherentes tanto dentro como fuera de la Sociedad Teosófica. Pero, salvo a que los principios fundamentales de este sistema se reflejaban también en los objetos establecidos de la constitución de la Sociedad, esta no aparecía más sectaria de la Teosofía que del buddhismo, o del cristianismo, o espiritismo, o moderna ciencia. Este conjunto de doctrina y credos se discutió, estudió y elucidó en libros, artículos y reuniones de ramas, y también la Teosofía. A entera satisfacción de sus sostenedores, y con libres y bastantes facilidades acordadas por la Sociedad, se presentaron, y asimismo se defendieron, toda clase de teorías. Cada miembro adoptó el parecer o la creencia que conceptuó más racional; y de este modo creyeron muchos en la filosofía de madama Blavatsky, como otros en las opiniones que entonces defendían los espiritistas. Y cada quien formó su juicio propio acerca de ciertos particulares esenciales donde uno ú otro sistema diferían y se contradecían. Si el mayor número apoyó las apreciaciones de madama Blavatsky se debió a que les parecieron más claras, o más cerca de la verdad, o quizás al poder de ella como expositora.

### XIV

*La libertad de conciencia es la clave de la historia de la Sociedad*

En esa forma absoluta para exponer, defender o abrazar ideas, y en las reglas capitales de su constitución, cifra la Sociedad su



historia. Todo miembro ejerciendo el derecho de merecer una plena y respetuosa atención a su opiniones, cree o nó en esto o en aquello, sin comprometer, de ninguna manera, la impersonalidad del Cuerpo, de cuyo seno han surgido genios brillantes, personalidades de relieve eminente. Desde su tribuna se han defendido opiniones de la más profunda sabiduría y de la locura más abierta; y cada quien ha dispuesto de oportunidad para su pensamiento y su experiencia, aprovechándose de ello la Sociedad y el mundo.

## XV

*Fenómenos psíquicos de Mad. Blavatsky*

Uno de los motivos más frecuentes a engaños, respecto de la Sociedad, descansa en los fenómenos psíquicos que en numerosas ocasiones exhibió madama Blavatsky. Hasta los que reconocen cuánta prudencia implica la cortés consideración de todos los pareceres, preguntan a menudo, por qué se dispensó acogida a los fenómenos mencionados; por qué una doctrina de la magnitud de la Teosofía se la confundió, por asociación, con las materializaciones de copas de té y de retratos, precipitación de cartas, o transporte de objetos materiales, sin aparente contacto físico, a través del espacio. Nada impedía que madama Blavatsky fuese como era: tal la respuesta desde el punto de vista de la Sociedad. Los fenómenos pertenecían a ella, no a la Sociedad. Dentro de esta, su genio esclarecido, sus dones psíquicos de orden notable, sus muchas peculiaridades y fuerza personal disponían de un campo sin estrecheces, despejado y libre, el mismo de que disponían los demás miembros con su genio y peculiaridades propias. Sus motivos, actos y carácter personales no interesaban oficialmente al núcleo Teosófico, usando ella el derecho de sus peculiarismos, del modo que otro miembro cualquiera los suyos. Acertada o errada, merecía escucharse; y bajo estos auspicios propuso y defendió sin restricciones sus ideas. Correspondía a la capacidad del compañero el aceptarlas o no; pero la Sociedad pautaba su procedimiento en otra forma: declinando explícitamente toda responsabilidad acerca de las afirmaciones de sus miembros. Porque de un todo impersonal en su principio de fraternidad, ni excluye ni distingue, a fin de que nada entrase en su ejercicio el pensamiento o criterio de ningún individuo.

Si quien pregunta, calificase aquellos fenómenos de triviales e indignos de una filosofía como la expuesta por madama Blavatsky; o si se les considerase de imposibles, o bien de necios a sus crédulos, entonces la respuesta de la Sociedad sería la misma: no nos atañen semejantes consideraciones. Acéptense o no los fenómenos, falso o verdadero el juicio acerca de ellos, en nada nos afectan tales decisiones: Así se coloca, en completo apartamiento la personalidad, para que se la juzgue según sus propios méritos. Esa personalidad explica la vida y el mundo como usted los conoce? ¿Le parecen a usted verdaderas la explicación y sus pruebas? Si así, acéptelas; o si no, rechácelas. O acéptelas o rechácelas en parte. De cualquier modo que usted piense o sienta, la Sociedad Teosófica nada sabe de las personalidades.

Pero si la pregunta se formulase de diferente manera dirigiéndose, no ya a la Sociedad, sino a la opinión particular de un estudiante, inquiriéndose el por qué adoptó madama Blavatsky el extraño método de producir fenómenos, entonces quizás se presentaría la ocasión de apreciar las condiciones del pensamiento del mundo en el momento en que se fundó la Sociedad. En estas condiciones nos hemos ocupado ya, siendo del caso recordar aquella marea creciente del espiritismo en Europa y en América, protegida por un vasto conjunto de testimonio fenomenal, cuyas explicaciones ofrecían una mezcla de superstición y de materialismo. Madama Blavatsky rechazaba la superstición con toda la intensidad de su carácter decidido. Para ella todo era ley, y los fenómenos no significaban otra cosa que manifestaciones de leyes generalmente desconocidas, como la acción de fuerzas más sutiles de la naturaleza. Ella probaba que podía reproducir todos los fenómenos del espiritismo por la actividad de fuerzas que, aunque anormales, en el sentido de no hallarse sino latentes antes que desarrolladas en la mayoría de los hombres, no eran de ningún modo sobrenaturales. Esto, podemos decirlo, su propósito, demostrado hasta la evidencia para los criterios imparciales. Lo que Mr. Piper y Eusapia Palladino y los investigadores de fenómenos psíquicos ejecutan hoy, hace un cuarto de siglo que lo ejecutó madama Blavatsky, añadiendo a la producción de los fenómenos un discurso explicativo de sus causas, lógicamente conforme e inteligible para muchos.

O también podemos decir que en apoyo de su esfuerzo por en-

caminar el pensamiento humano hacia la realidad y el poder del mundo interno, y en su acentuada insistencia sobre la eficacia de las fuerzas más sutiles de la naturaleza, importaba, y hasta se necesitaba, exhibir tangibles demostraciones de la acción de aquellas energías. Permítasenos por un momento colocarnos en el sitio de ella, con su misma ardiente convicción, nacida de la experiencia, personal, de que la larga serie de videntes y místicos que han encontrado a su Maestro, faz a faz, por medio de la visión o de la frecuente correspondencia, no fueron engañados; de que Cristo, Krishna y Buddha los más grandes de la pasada historia, entraron, de cierto, en la inmortalidad, viviendo y trabajando por los hombres, hasta ser conocidos por aquellos que le ofrendaron amor y cumplieron sus mandamientos; supongamos que también nosotros hayamos sentido la realización de esa promesa y que por eso el conocimiento y el poder que no poseíamos—salvo el color que toman al atravesar nuestra mente—pudiéramos comunicarlos al mundo; imaginémosnos así, profundamente sensibles de nuestra gran responsabilidad, exponiendo nuestra misión, solos, sin amigos y sin recursos, entonces cabe preguntar ¿cómo haríamos para obtener atención, dónde y cuándo? Porque en qué forma se da, cuando no existe la capacidad de recibir? Y para recibir, se necesita cierta suma de fe. No la ciega que no investiga, sino la que conduce a la experiencia y a la prueba exacta. ¿Cómo ganar esta fe aquellos que “tienen a Moisés y los Profetas” y no los oyen? ¿No hubiéramos tenido que mostrar algunos de los signos del poder al alcance del discípulado?

## XVI

### *Imparcialidad e impersonalidad de la Sociedad demostradas por su Historia*

Pero cualquiera respuesta personal que se diera razonadamente por uno u otro de los miembros, la de la Sociedad continuaría invariable. La absoluta libertad de los miembros en la exposición de sus ideas no quebranta ni destruye la completa impersonalidad e imparcialidad de la Sociedad, cuya historia ha sido una continua demostración de aquellas dos condiciones en cuanto al individuo y en cuanto al grupo. Muchas veces algunos miembros de poder y

brillo personal sobresalientes han conquistado, gracias a semejantes dotes, numerosos partidarios en las filas de la Sociedad. Y todo está bien, mientras la acogida de aquella dirección u opinión sea materia de voluntaria creencia personal. Semejante a las mesas centrales de una gran librería, la Sociedad difunde en escritos innumerables sus disertaciones sobre el mundo espiritual, para que, disfrutando cada miembro de la más amplia oportunidad en el sentido de sus ideales y provecho, elija y acoja libremente las de su conveniencia y parecer. Pero cuando alguien, o alguna facción, pretende comprometer la Sociedad, como tal, en un concepto, creencia, o bien en pró de alguna persona, entonces ese individuo, o esa facción, rompe con los principios fundamentales que constituyen la Sociedad; y desde luego queda separado de su organismo.

## XVII

### *Rompimiento de Mrs. Besant con aquellos principios*

Fué ese el caso ocurrido con Mrs. Besant, otra mujer de brillantes dotes, intensa fuerza personal y ricas peculiaridades. Separándose del principio esencial de la tolerancia, acusó a su compañero Mr. Judge de falsedad deliberada al referir los orígenes de ciertas cartas. Como materia de opinión privada, ella tenía derecho a sostener la suya, ya respecto del origen de las cartas mencionadas, ya respecto de Mr. Judge; pero cuando la convirtió en fundamento de formales acusaciones de mala fe ante el cuerpo gobernante de la Sociedad, compeliéndolo a instaurar un juicio contra Mr. Judge y a decidir entre las afirmaciones de este y las acusaciones de ella, no sólo violó la regla primaria de tolerancia, sino que rompió con los fundamentales principios de la libertad individual, y de la imparcialidad e impersonalidad de la constitución de la Sociedad. En tanto, Mr. Judge se apoyó honradamente en esos principios. Rehusó, de un todo, defenderse o explicarse ante semejante tribunal, sosteniendo que su opinión era de orden privado, y que, ora errónea, o verdadera, el punto no atañía de ningún modo a la Sociedad. Si esta le hubiera procesado, habríase comprometido como tal, a asumir la responsabilidad de cualesquiera de las dos opiniones ya definidas. No importa el fallo que dictara al fin; fuera de la carencia de facultad jurisdiccional, cualquier decisión

hubiese destruido el carácter libre e imparcial de la Sociedad Teosófica, desde luego que ella es independiente, o tiene que serlo, de cualquier creencia u opinión que profese este o aquel de sus miembros. La equidad y eficacia de este argumento se reconoció inmediatamente; y en consecuencia, se abandonó el tribunal formal de inquisición que proyectó instruir Mrs. Besant.

Si se preguntase hoy: "Eran esas cartas provenientes de los orígenes declarados por Mr. Judge"? La respuesta desde el punto de vista de la Sociedad Teosófica, no sería otra que aquella en la que él mismo insistió: que semejante núcleo, como tal, carece de facultad para pronunciar un juicio. Aun, si se solicitase el parecer particular de algún miembro, una idéntica confesión de incompetencia sería invocada. Pero nadie que conociera la inquebrantable honradez de Mr. Judge y su larga vida consagrada a la investigación de la verdad, preguntaría acerca de su sinceridad e integridad. En tanto que hay muchos, que conociendo los hechos, y de positivo discernimiento, responderían con una afirmación absoluta: "Sí. Yo sé por mi propio conocimiento; y estoy enteramente convencido".

Sin embargo, las circunstancias y la naturaleza de Mrs. Besant, fueron tales, que arraigó en ella la suspicacia y la calumnia; y persistiendo en estas lo mismo que en sus acusaciones, se separó, junto con sus partidarios, de los principios fundamentales de la Sociedad, quedando con ellos separada de su organismo vivo. Desde entonces la órbita de su genio personal gira fuera de la Sociedad, arrastrando en su movimiento, hacia las investigaciones psíquicas y la filosofía sectaria y cristalizada, a un extenso número de los antiguos miembros. Pero continuaron inviolados los principios de la libertad de la Sociedad Teosófica.

## XVIII

### *Rompimiento con los principios por Mrs. Tingley*

La estabilidad de los principios y su vitalidad inherente se demostraron en el caso de una tercera mujer de notables cualidades y poderes que condujo al rededor del mundo lo que generalmente se interpreta como una especie de cruzada teatral con el propósito de difundir su concepto sobre la Teosofía, empleando en ello el

nombre de la Sociedad. Dentro de su derecho se hallaba, desde luego, al desplegar semejante actitud, y también los que la seguían y apoyaban. Buenos o malos, insignificantes, necesarios o innecesarios los métodos que aplicó, ello resulta indiferente desde el punto de vista teosófico. Fué la expresión de su genio, y esto explica, en ese respecto, su bondad.

Pero cuando a su regreso, orgullosa del ruido de sus éxitos, y exaltada por la adulación de sus partidarios, trató de dominar una de las Convenciones de la Sociedad, obligando a sus miembros a la promesa de reconocimiento de su autoridad directora para seguirla adonde ella juzgase conveniente, rompió entonces, con los principios fundamentales de la Sociedad Teosófica, y así junto con su séquito, abandonó sus filas.

Multitud de ejemplos más podrían citarse en pró de lo inviolable de las garantías de libertad e imparcialidad del núcleo teosófico. En la Sociedad, como en una vasta antecámara, se abren muchas puertas. Aquellos que han salido por ellas, solos o con otros, sea hacia lo que consideran más elevado, o como sitio mejor, sea para retroceder, si se desilusionan, han rendido a la Sociedad un servicio tan durable como profundo. Se les debe reconocimiento no sólo por sus colaboraciones como miembros, por su libre acción, por los frutos de su genio y la sinceridad de sus ideas, sino también por su separación; porque se ha vertido una gran cantidad de luz sobre los principios que informan la existencia de la Sociedad, y por la demostración presentada respecto de la firme estabilidad de sus fundamentos. En el cuerpo teosófico, donde se aprende por la libertad de los criterios, por la simpatía y la síntesis de las materias expuestas, y donde la enseñanza tiende al Yo, el fracaso y el éxito, la ignorancia y la sabiduría, la debilidad y el vigor, son lecciones de igual importancia. Por crecido que aparezca el número de los separados, por varias que sean las ramas constituidas por tal motivo, la Sociedad permanece libre, fiel a su propósito original, cumpliendo sus principios fundamentales, segura a su destino señalado. Y por todo ello ha recibido beneficios.

---

## América

por Helena Petrowna Blavatsky.

La filosofía oculta enseña que actualmente, ante nuestra misma vista, prepara su formación la nueva raza, siendo en América donde se verificará la transformación, habiendo ya empezado silenciosamente.

De anglosajones puros que eran hace apenas trescientos años, los americanos del norte se han convertido ya en una nación aparte; y debido a la acentuada mezcla y al mutuo cruce de las diferentes nacionalidades, se han transformado en una raza especial, no solo mental sino también físicamente.

Así, pues, los americanos se han convertido, en solo tres siglos, en una raza primaria, temporalmente, antes de convertirse en una raza aparte, completamente distinta de todas las razas que existen actualmente. Son, en una palabra, los gérmenes de la sexta sub-raza, y en unos cuantos cientos de años más se convertirán decididamente en las avanzadas de la raza que deberá suceder a la actual quinta sub-raza europea, con todas sus nuevas características.

El pulso exuberante latirá intensamente entonces en el corazón de la raza que ahora se halla en la zona americana; pero no habrá ya americanos cuando la sexta raza comience, así como no habrá europeos, pues entonces se habrán convertido en una nueva raza y en muchas naciones nuevas.

De manera, pues, que la humanidad del Nuevo Mundo, mucho más viejo que el antiguo, (cosa que los hombres habían también olvidado) es la que tiene la misión y el destino de sembrar la simiente de una raza futura, más grandiosa y mucho más gloriosa que todas las que hasta ahora hemos conocido. Los ciclos de materialidad serán reemplazados por ciclos de espiritualidad, y por una mente completamente desarrollada. Con arreglo a la ley de la historia, y de razas paralelas, la mayor parte de la humanidad futura estará compuesta por adeptos gloriosos. La humanidad es el hijo

del Destino Periódico, y ni siquiera una de sus unidades puede escapar a su misión inconsciente, ni librarse de la carga de su trabajo cooperativo con la Naturaleza. De este modo la Humanidad, raza tras raza, llevará a cabo la peregrinación periódica marcada.

---

## Ante la obra

por Tito Alba.

Parece que hay un sitio, una zona geográfica, adonde llegan, como a centro de convergencia y atracción, las almas, las ideas, los hábitos, las culturas de fuera, a combinarse y a refundirse. Inmigran de los diferentes lados del horizonte, unas después de otras, sugiriendo el caso de un despertar sucesivo, o de un alejamiento gradual del cariño domiciliario, en aventuras de perspectivas más holgadas, del sol que nace y se pone a lo lejos del linde patrio; y quizás, y con mayor razón, por cierta ansia inaplazable de sacudir la monotonía y cansancio de la ribera y de los aires de la cuna. Del Asia al Africa, del Africa a Europa, por donde quiera que se tome un punto de observación en la historia, desfilan, a la vista, aquellas grandes peregrinaciones. Obedientes a cierto instinto, sienten a su tierra como ajena, a la ajena como propia; y allí se encuentran, se entremezclan, mudas o ruidosas, hasta que se suman y culminan en la firme expresión de un nuevo núcleo racial, en su síntesis, o flor de excelencia y plenitud.

Pero no sólo el paraje seduce y ata, como en el ejemplo del Nilo, o de las islas de la Grecia, sino que, después, en íntima comunión la zona y los hombres, restablecen ese eje periódico y fundamental, en cuyo torno gravitan, en constante tributo de fuerza y de necesidad, los demás pueblos, las otras civilizaciones. Disparan a lo alto ese orgullo de capitales supremas Egipto, Atenas, Roma, por lo que absolvieron, por lo que expandieron, asimismo como tres corazones, al fundar y extender las tres formas políticas de la teocracia, de la república y del imperio. Cada una de ellas se encarnó en el mundo, y el mundo anduvo, como una cosa que evoluciona y que vive, dentro de ellas. Magnas unidades, pomposas y complejas, adonde afluyeron los distintos rumores de la tierra a re-



solverse, como las varias notas en el alma de la orquesta, en una misma arrogante y vasta expresión universal.

Se advierte, además, que en los movimientos de organización de esas fuertes colectividades, van adelante, de guía y luz, ora el místico, el héroe, el super-hombre, quienes sin desviarse de sus nexos con los suyos, por la sangre y la psiquis, sin embargo, los aventajan en uno o muchos grados de selección. No gracias a un simple gesto mecánico, van adelante, sino por razones de un sentido más intenso y agudo de la marcha. Porque asumiendo, o mejor, porque formando ellos mismos una alteza dada y extracomún, o una función impulsora y saliente en la dinámica del medio, constituyen asimismo una cantidad de la vía, una verdad costánea que aprender, un símbolo a veces, o una bandera. Se fatigan por alcanzarlos aquellos que los siguen; y tanto los unos como los otros por acercarse. Aspiran a comprenderse y nivelarse. Y cuando gana el objetivo de avance el alma colectiva, desaparece desde luego la individualidad conductora, por su lógica e inevitable integración en la masa. Desde entonces la masa principia a evolucionar dentro del individuo, como en el suceso de la Noche de la Cena, comiendo de su carne, bebiendo de su sangre. Así lo enseñan los siglos. Acaso lo enseñan cuando desmienten la muerte de César con el testimonio contrario del imperio vivo que era él. Desde que el cuerpo del conquistador palideció herido y muerto en el Senado, Roma principió a evolucionar dentro de César. Ni se necesita de un análisis difícil y violento para ver, en los relatos de los días modernos, el ruido de la Europa en marcha, dentro de Napoleón; o para escuchar, franca, ampliamente, dentro de Bolívar, el alborozo de la América creciendo. Lo de la Noche de la Cena se repite a menudo: la humanidad se alimenta con la carne de sus místicos, con la sangre de sus maestros. Porque a la semejanza de la política, se reproduce la analogía del fenómeno en los demás órdenes del pensamiento, del arte, de la ciencia, de las religiones. Demuéstranlo Sócrates, o Darwin, los poetas de más música y visión, también los reformadores de más hombros, en el ardor de una vía nueva y propia, para la carga genial y filosófica de su generación. Nadie negaría, con justicia, la preeminente integración de Carlos Darwin en la tarea analítica de su época; nadie negaría tampoco, la de Sócrates, en la filosofía de sus contemporáneos. El fenóme-

no sólo revela la ley que liga el autor a su acción, las causas a sus efectos, de manera que acción y efectos significan el mismo autor y las mismas causas que se activan, se dilatan, se transforman, en cualquier plano donde se produzcan de la vida. Si tomamos, por ejemplo, a Demóstenes en la insólita circunstancia de sonar, delante de Filipo, y dentro de Grecia, su psiquis elocuente y avasallante, no extrañaría observar al orador dilatándose, desde luego, en la expansión de su verbo hasta la finalidad de Queronea. Hay, sin duda, algo que relaciona el escollo de aquel drama doloroso con la brava ola de pueblos que bajó de la tribuna de Atenas. Así, la mayor o menor conformidad con los efectos, equivale a una idéntica conformidad con sus orígenes. Más aún: nuestra adhesión a la sabiduría de una sentencia, de un escrito, de un sistema de doctrinas, nos convierte, por virtualidad del amor y de la armonía, en parte y en naturaleza de ella.

Esto se observa en los niveles del sentimiento, del emocionalismo, de la mentalidad ordinaria. Pero a medida que se penetra más adentro en la naturaleza, hacia el corazón de la vida, las fuerzas se universalizan y uniforman trascendiendo; y aquellos que se convierten en ellas, adquieren su eficacia sutil, vívida, íntima, profunda. En esto consiste el sello imborrable de los grandes Maestros. Se comprende, ahora, a Israel sobre un largo espacio, agarrada a los pies del Iniciado de Hermes como una sombra; se comprende a Persia y a Zarathushtra en el asunto y en la gloria de una misma página; se comprende esa potencia de espíritu, de amor, con que se juntan, en la valentía de un acorde imperecedero, los genios místicos y la naturaleza mística de su raza o de sus discípulos. No existe un punto, en todo lo ancho de los siglos, sin el brasero y el sándalo de los creyentes; ni porción humana, por rudimentaria, por decaída que aparezca, que no cuide en sus bosques, devotamente, la madera de sus altares. Labor de la cohorte sagrada. Cuando las águilas latinas ponían el asombro de su orgullo sobre las montañas todas, en la hora de la espada y de la herencia de las legiones de Farsalia, hubo un esenio de aspecto de mansedumbre y de candor que contrapesó a César, o a su genio, en la guía del Occidente, con esta afirmación suprema:

*Yo soy la Resurrección y la Vida.*

Y estrechó alianza con los que creyeron en él:

*Y yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.*

Es el pacto fundamental de que hemos hablado.

Estos instructores, de estatura divina, aparecen de ordinario cuando la humanidad gime en la noche. Aparecen, entonces, riendo con el silencio de una estrella en la estación oscura. Luz y paz son. Fué así la obra de Blavatsky en el crudo instante en que el pensamiento moderno gritaba la demolición de los cielos. Se irguió ella como el sándalo de Buddha, con el tronco herido por los leñadores de la filosofía y del sectarismo; pero, como el sándalo de Zakya-Muni, lloró la herida el perfume místico. Trabajó y triunfó. Se tendió como camino entre los Maestros del Oriente y la América, y la América anda a través de ella. Y decimos América, singularizando el término, porque se la eligió de corazón para difundir la sangre de la nueva vida. Suelo donde germina la sexta sub-raza, y paraje geográfico adonde llegan y se hermanan los hombres de cuantas son las latitudes, donde no hay opinión sin aire para sus acentos, donde la tolerancia es materia de índole, donde la libertad alienta como función racial, donde el espacio, el más desenvuelto que hubo jamás, refunde en una sola columna el humo de todos los santuarios, ese el sitio escogido, el propio, el natural y legítimo, de la ocasión histórica y de los Maestros, para centro de la Fraternidad Universal.

Dice Blavatsky:

“La filosofía oculta enseña que actualmente, ante nuestra vista, prepara su formación la nueva raza, siendo en América donde se verificará la transformación, habiendo ya empezado silenciosamente. . . . De manera, pues, que la humanidad del Nuevo Mundo, mucho más viejo que el antiguo (cosa que los hombres habían también olvidado) es la que tiene la *misión* y el *destino* de sembrar la simiente de una raza futura, más grandiosa y mucho más gloriosa que todas las que hasta ahora hemos conocido. . . .”

Y expone Judge:

“Nosotros estamos preparando, aquí en América, una nueva raza que representará perfección gloriosa. . . Esta es la causa de que las Américas se hallen en estado de un fermentar continuo. Es el sedimento y hervor de las razas más antiguas en la caldera de refinación, y el lento formar de la materia destinada a la raza futura. . . Este proceso seguirá su curso, hasta que después de mu-

chas generaciones brote en el continente americano una raza por completo nueva, con nuevos cuerpos, órdenes nuevos de inteligencia, nuevos poderes de la mente, potencias psíquicas curiosas y jamás oídas, lo mismo que otras físicas, también extraordinarias, con sentidos nuevos y ampliaciones de los actuales, hoy no previstas..."

Así se abarca, a la claras, y en su conjunto, el programa de los Maestros, sus motivos, su finalidad, su sabiduría, al enfocar en el área donde se congregan hoy los hombres de todas partes, la gloria y el dón de una nueva luz sobre el Occidente. En América fulgió, en esta vez, el alba del Cristo. Se requería, merced a todo sacrificio, salvar la obra en América, donde lo futuro se incubaba, para salvar la verdad en lo futuro; salvarla, a propósito de que el Occidente renovara sus energías y su medio; salvarla, en beneficio de la sexta sub-raza que sucederá a la quinta europea, y en pro de las poderosas fuerzas de evolución y selección que aquí, más que en cualquier otro continente, afluyen y se difunden. Una vez, abatida la Sociedad Teosófica bajo una hora de tormenta, y como en derrumbe sus muros sagrados, un colaborador de maravilla en sus pujanzas, aportó, entonces, para que no quedase rota entre las piedras del naufragio la barca de los Maestros, la alta suma de su experiencia y su sabiduría. Lidió, junto con madama Blavatsky, de sacrificio en sacrificio, la lidia dulce y amarga del amor y de la abnegación. Lidió por la América, y así, por la Humanidad. Era Mr. William Q. Judge. Madama Blavatsky lo saludó con estas palabras de respeto y de triunfo:

"A usted principalmente, si no enteramente, debe hoy la Sociedad Teosófica su existencia... mi voz no es sino débil eco de otras más sagradas, la portadora de la *aprobación* de Aquellos cuya presencia reside en más de un fiel corazón teosófico, y vive, yo lo sé, preeminentemente en el suyo".

En tanto que por los esfuerzos de los nuevos sembradores todas las tierras se removían, como el coronel Olcott en su india labor de revivir el buddhismo y de acordar las diferentes sectas orientales, W. Q. Judge permaneció en el centro de su gran misión en América. Y sucedió a H. P. B. en la vida del organismo teosófico. El Fundador y el Salvador de la Sociedad nutren hoy, a la semejanza del pan y del vino de los Maestros, la evolución occidental.

## La Meditación

por H. B. Mitchell.

### II

Hemos procurado, en lo que precede, bosquejar los grados sucesivos de la meditación; y para adquirirlos, hemos procurado también describir los respectivos poderes del corazón y de la mente. Semejantes poderes, sin duda, los poseemos todos nosotros, puesto que común y frecuentemente los activamos en otras direcciones; pero rara vez se les dirige o desarrolla en la línea debida. A las claras se nota la carencia de disciplina, y esa falta influye de manera perjudicial sobre las energías del corazón. Porque el sistema educador del occidente si compele, por lo menos, al dominio parcial de las facultades lógicas y comparativas de la mente, olvida, por entero, la obra que tienda y sirva a dirigir y enseñar al corazón. Tal olvido explica por qué la vasta mayoría de la gente occidental, no sienta, salvo en momentos excepcionales de inspiración, la existencia del mundo interno. La potencia dinámica del amor si se la educa para que se mueva hacia los ideales superiores, conduce la conciencia de lo externo a lo oculto, de la forma a la esencia; pero, también, si se la abandona al desenfreno, se dirige hacia afuera, en la forma de los deseos, en busca de objetos concretos del deleite de los sentidos. Esa tendencia a lo concreto se muestra obstinada y persistente, una vez convertida en costumbre. En los "Upanishads" se la nombra: "el nudo del corazón". Y sólo cuando se sueltan los lazos del nudo, se conoce la paz interna.

Cualquiera que sea el punto de vista que se elija, se descubre la importancia fundamental de aquel cambio del corazón. Me han dicho que entraña el mismo sentido de la palabra griega "arrepentimiento", como en frases de este valor: "Arrepentíos, que el Reino de los Cielos está cerca". Ese cambio debe preceder a todo empeño serio en la tarea educadora y disciplinaria de nosotros mismos, y servir de origen a cuanto sobreviene luégo. Sin amor a la vida espiritual, resulta inútil todo trabajo para conquistarla.

Con todo, no es fácil, de ningún modo, amar una cosa tan vaga y abstracta como se revela desde luego el concepto del es-

píritu, o el ideal de bondad y de justicia, ya que la eficacia inspiradora e impulsiva de la voluntad, o el verdadero deseo, de por sí efectivo, no se adapta pronto a las abstracciones. Ni tampoco se destruye la dificultad concretando más nuestros ideales o cristalizándolos en alguna forma mental; porque así, fuera lo mismo que frustrar nuestros fines. Si, en resumen, sólo se aspira trascender a toda forma y apariencia por medio de la fuerza práctica del amor; si, por lo tanto, se aspira a eso, se tiene que convertir el corazón a lo interno; hacer más profundo el amor y más intenso el deseo; y cuidar de que el objetivo buscado ni se concrete ni se materialice.

Hay un nombre que se aplica al alma en la literatura oriental, de sentido valioso en estas analogías: "el de gran desterrado". Imagínese un prisionero, digamos uno que, por largo confinamiento en el trópico, ha caído en el propio abandono y laxitud de cuanto le rodea, ahogando en su memoria los ideales más poderosos de su patria. Llévasele un mensaje, o un motivo de recuerdo, quizás un aire musical o alguna ocurrencia igualmente ligera; pero bastante a evocarle la visión de su pasado. Le fuera posible extinguir el recuerdo, o desdeñarlo de un todo; pero si reflexiona sobre él, lo agita y anima, se tornará en dinámico; y midiendo toda su caída comprenderá qué firme y persistente esfuerzo se necesita para rehabilitar su ayer.

Lo que el deportado debería disponer, cabe en nuestro aprecio; y en verdad, que nos reconocemos capaces de servirle con los consejos más excelentes. Con todo, conceptuamos, más difícil para nosotros cumplir el mismo consejo, no obstante de que nuestra presente posición guarda estrecha analogía con la del prisionero. Despierta, en él como en nosotros, la memoria de una vida más verdadera que esta. Y también en nosotros se manifiesta la necesidad de un persistente esfuerzo, si no estrechamos la inspiración en las actividades de lo exterior, o retrocedemos a la condición letárgica de la cual nos hemos temporalmente redimido. Con este pasaje se aclara el rumbo que nos importa seguir en nuestra tarea.

Porque se nota, ahora, que el asunto de éxito o de fracaso consiste en conservar las impresiones e impulsos experimentados en los momentos de inspiración, que comunicando a la voluntad el aliento inicial ascendente, la llevan a lo alto. De aquí se deduce que el primer cuidado se contraerá a procurar que duren los deseos inspirados, lo más posible, reflexionando sobre ellos. Se ori-

gina, además, el efecto de invocar nuevos alientos, en la misma forma que el hondo pensar sobre un recuerdo provoca la florescencia de otros.

Existe el hecho curioso relacionado con toda experiencia oculta, a semejanza de la que se acaba de indicar, que cada grado de desarrollo envuelve a los demás, dando la consecuencia de que el éxito en una dirección cualquiera requiere, e implica, un conjunto de éxitos en otras muchas direcciones. O bien: que tales grados aparecen más paralelos que subsiguientes. Obsérvese esta circunstancia en lo ya escrito, desde luego que el reflexionar sobre los momentos inspirados corresponde exactamente a la meditación misma. Si lo primero resulta feliz, no fuera difícil la meditación. También, pues, se tienen que solicitar otros auxiliares.

Y se encuentran en muchas pequeñas observancias capaces de integrar en la vida diaria. Y son: la elección de tiempos fijos e invariables para el aislamiento y comunión consigo mismo, empleando la voluntad en excluir todo pensamiento referente a los cuidados y ocupaciones habituales. Durante estos períodos tranquilos parece que los ideales se acercan más; y muy pronto se aprende a buscarlos como fuente de calma y de consuelo. Otra práctica de ayuda poderosa se adquiere en la lectura de libros espirituales, abiertos anales de experiencia y de leyes del mundo interno, que hablan de la vida de los santos y místicos del pasado. No se concluye ningún estudio serio acerca de estos escritos sin impresionarse por la unanimidad del testimonio, de que hemos ya hecho mención. Gracias a ello sabemos que la senda en donde ahora entramos fué hollada, antes que nosotros por otros pies; y gradualmente, aunque nos sería arduo decir con qué o con quién, crecemos en un sentimiento de compañerismo. Esto contribuye a mantener firme el corazón, como también cualquier estudio de la vida interna.

Paralelas a las observancias y prácticas referidas, fortalecedoras del amor del alma, discurren otras que tienden a debilitar el dominio de los sentidos y a destruir en ellos la potencia de los deseos. Una de las más útiles descansa en los esfuerzos deliberados por desprendernos, primero, de los actos; y después, de nuestros pensamientos y sentimientos. Así, el cultivo del desinterés, práctica sostenida igualmente por los instructores cristianos y los filósofos orientales. Un corto ejercicio de esa virtud demostrará

su valor, estableciendo cierto equilibrio e impersonalidad de examen y juicio, difícil de lograr bajo la pesadumbre de la vida moderna. Y aun más que esto, por cuanto si se persevera, se recoge la advertencia de que muchos deseos y emociones tenidas peculiarmente como propios, no lo son en modo alguno, sino que llegan de fuera como a las playas las olas de la mar. Se aprende a interpretarlos con el carácter de fuerzas impersonales de la naturaleza; y cuando tal ocurre, pierden desde luego su dominio sobre nosotros. Cautivos, más por costumbre que por fuerza, sólo necesitamos, para redimirnos, de percibir nuestra libertad.

Aquel aprendizaje se vigoriza y alienta, además, con actos de auto-disciplina y de renunciación. Gozo mayor hay en ejercitar los músculos morales que los del cuerpo, y nos baña como una sensación superior de fuerza y de libertad. Ensayadlo con algo que os agrada. Fumáis? Abandonad el tabaco, por ejemplo. Sabréis lo dominante del deseo y cómo os excita, en la primera semana; en la siguiente, ganaréis una sensación de vigor y desahogo; luego, la ausencia de incertidumbre; y júbilo, en fin, por el uso y el poder de vuestra voluntad.

Por el concurso de esos medios y de sus auxiliares, la energía impulsora del deseo se desliga, poco a poco, del plano de la sensibilidad externa para dirigirse al espíritu, acelerando y ampliando nuestro amor e impeliéndonos hacia él en crecientes aspiraciones. La voluntad y el corazón se purifican y fortalecen; y a medida que se suavizan, conviértense nuestros ideales en mucho más puros e íntimos, acogiéndolos después con amor, para encontrar allí, continuamente renovada, una fuente de inspiraciones.

Unida a la disciplina del corazón, y por ella favorecida en grado preeminente, se requiere disciplinar la mente en la concentración y la contemplación. La naturaleza de esta disciplina se ha indicado ya. Con esto, aun cuando se nota como fácil el logro de estos poderes, para adquirirlos se consume la pujanza de un largo proceso. Precede, así, la faena de un meditar prolongado, antes de que se disponga de un definido dominio sobre la mente. La indiferencia acerca de este precepto determina la multitud de dificultades, tan comunes, en la meditación, dificultades que, aun a riesgo de repetición, convendrá examinar por orden.

La primera de ellas consiste en la inhabilidad de mantener la mente fija, en el objeto de meditación. Esta inhabilidad equivale



a un fracaso en la forma más elemental de la concentración. La tendencia discursiva que hemos analizado ya, se anima, y divaga el pensamiento, por entero, sobre diversos puntos. Pero valen mucho para triunfar, en definitiva, la práctica y la costumbre diaria, a cuyo influjo metódico disminuyen las dificultades, volviendo la mente, día tras día, sobre el mismo tema.

La segunda dificultad surge en la contemplación: fijar la mente después de llenarla de silencio y de paz. Si a la mayor parte de nosotros se nos dijese que estuviéramos en silencio, crearíamos, sin duda, obedecer la orden absteniéndonos de hablar. Como sabemos lo que se entiende por callar, pues, asumimos la quietud de la palabra hablada. Pero luego de cumplido el mandato percibimos, si prestamos atención, que realmente el monólogo de la mente continúa. Sus pensamientos suenan en frases, no menos reales, por el hecho de ser inaudibles al oído físico; pero podemos callarlos con un acto de voluntad. En efecto nos importa aprender a callar, no sólo las voces de la mente, asimismo que las de los sentidos y de las emociones. Y concluimos por estimar su necesidad, ya para ese grado de la meditación, o para la salud. Quien éntre seriamente en el sendero de la disciplina mental para el dominio de la concentración, sentirá la inapreciable virtud de aprender a *reposar*. Es un arte que conocen pocos, y su secreto lo atesora el silencio.

Sin embargo, se yerra a menudo cuando se busca el silencio de la mente sofocando todo pensamiento que nace. Porque ella queda así errante y sin guía; y por lo tanto recepta y refleja toda forma o corriente del mundo psíquico que pasa. Proviene de esto el peligro del psiquismo, el *cul de sac* (calle sin salida) astral, de que hemos estado siempre advertidos. Se origina de la condición negativa de la mente y del método impropio conque se ha ido en pos del silencio. La calma de la mente se adquiere por la atención intensa prestada a un solo ideal, u objeto. Que, en cuanto al ideal, sea la mente reflexiva y pasiva; y para todo lo demás, exclusiva y positiva.

El tercer inconveniente consiste en que, hecho el silencio, se realiza cierta pérdida de la conciencia y se produce el sueño. Se debe, en parte, a la condición negativa descrita antes; pero que corresponde más al corazón que a la cabeza. Hemos visto que en este grado la conciencia se sitúa en el corazón; y hay quienes no la mantienen concentrada fácilmente en él, o movidos de amor.

Tales naturalezas, en su generalidad, son insensibles, lo que aunque constituye un obstáculo en este punto, por otros respectos representa una salvaguardia poderosa. Y en verdad, este grado de la conciencia no debe, de ningún modo, ser emocional, sino una silenciosa y profunda corriente de amor. Porque más que expresarla, el sentimentalismo la oscurece. Ha de ser un anhelo que suba, no de la cabeza, sino del corazón.

La dificultad que sigue se revela de un todo contraria a la que precede. Se ve en que a medida que la percepción del corazón se despierta y eleva, la mente, un tiempo tranquila, se defiende de nuevo y asciende con la percepción posesionándose de ella, y tejiendo a su alrededor sueños y visiones de cambiante belleza. Esconden gran peligro esas visiones, aunque al principio aporten eficaz ayuda y parezcan excelentes y verdaderas; porque no solo distraen nuestra atención e impiden el avance de la conciencia, sino que, en adelante, reaparecen. La luz interior que les presta su belleza la vierte el espíritu, y como vertida del espíritu, se la ama y reverencia; pero los hilos y colores de su trama fascinante se extraen de los pensamientos de la vida ordinaria, de sus sueños, esperanzas y temores. Mientras uno se detiene ante las visiones, más se afirma el elemento mental exterior, y palidece más la luz del corazón en ellas. Llega luego el día en que se reconoce el origen de esas imágenes. Y así reconocemos que la mente nos burla como a soñadores engañados, cautivándonos en la urdimbre de nuestras mismas fantasías.

Tamaño tropiezo, o inconveniente, ha detenido el paso a muchos viajeros de la vida oculta. Sin embargo, rutila dentro de las visiones la luz del espíritu; y en verdad, el amor del viajero no tiende a la seducción de las imágenes sino a la gloria de la luz. Por esas formas mentales se califica de impura la meditación en la fraseología oculta. Pero se evitan de dos modos: por nuestro suficiente vigor en el poder de concentración, y por nuestra suficiente pureza en la práctica constante del desinterés. Esto es el obstáculo del hombre sensible y de fuerte imaginación.

La quinta dificultad radica en la *forma*. Muchas mentalidades tienden a concretar todo lo que perciben. Cristalizan y robustecen formas y dogmas. A menudo se las halla entre las más intelectuales. Por esta razón, hasta el punto de las definiciones inquebrantables, progresan rápida y prontamente; pero ahí se detie-

nen. Incapaces de trasponer los lindes de la forma, o de renunciar a sentencias e imaginaciones, no conquistan la realidad. Sembrantes naturalezas se ayudan, algunas veces, obligándose al estudio y reflexión de otros sistemas, y hasta de otros idiomas, diferentes de los de su hábito. Si cristianos, estudian el buddhismo; si budhistas, el cristianismo; inquieren de todos modos el medio de romper sus moldes permanentes, hasta que desechando las palabras, aprenden a mirar la vida misma.

Las últimas dificultades descansan en el silencio. La oscuridad simboliza el silencio, y para muchos ha sido causa de terror, inmediata y actual. Proviene el miedo de la gran quietud que desde el principio de la contemplación se intensifica cada vez más: sobreviene uno a uno el silencio de los sentidos, de las emociones, de la mente, y ahora, el silencio del corazón. La iluminación principia sólo después de *pleno* el silencio. Así que para muchos mueva a espanto la oscuridad, y hayan huído tocados de miedo profundo. Se abre a la manera del abismo de la nada para ellos, adonde va la existencia como a ahogarse en el vacío. Aquí se requiere valor y fe, cierta osadía que nunca después se repite en la misma alta pujanza. Es una clase de osadía indispensable para lanzarnos a las tinieblas, en obediencia de una voz que no se repite más. Después de consumado el paso y de sentido el silencio, nunca más ocurrirá esta prueba. Porque las tinieblas pasaron.

---

## La Teosofía y el Hipnotismo

por John Schofield.

El tercer objeto de la Sociedad Teosófica es "Investigar las leyes ocultas de la naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre". Se han revelado algunos de estos poderes latentes por lo que se llama mesmerismo, magnetismo animal, o hipnotismo, nombres diferentes de una misma cosa en esencia. Hay quienes hayan pretendido establecer entre estos nombres una distinción científica; pero dudo del acierto de su definición.

Por espacio de más de diez años he investigado el mesmerismo, leído todos los libros que lo tratan, en inglés y en francés; y

hecho miles de ensayos en público y en privado; comencé por emplear los pases mesméricos y alcancé tanto éxito como con otros métodos que apliqué posteriormente, sólo que se necesitó de mayor cantidad de tiempo para producir el sueño. Con los pases mesméricos necesité para ello de diez a veinte minutos; y con otros métodos, de dos a cinco. A veces lo lograba instantáneamente. Si tomaba un muchacho de la mano, colocándole el pulgar de mi mano izquierda en el nacimiento de la nariz—allí donde el frenólogo localiza la individualidad—y le decía que me mirase en los ojos, casi nunca transcurrían dos minutos sin que los párpados principasen a caer y a entornarse el globo ocular. Entonces le decía que se hallaba dormido, y desde luego no le era posible levantarse del asiento. En conferencias públicas acostumbraba dar, a cada uno de doce muchachos, un pequeño disco de zinc, provisto en el centro de un brillante remache de cobre, y les ordenaba que lo mirasen con fijeza, en tanto que yo, por cinco minutos, entretenía la atención del auditorio. Al cabo de este tiempo experimentaba en los muchachos, uno a uno, eligiendo preferentemente a los que parecían mostrarse más susceptibles de la influencia. Casi siempre, diez de doce, (y a menudo toda la docena), servían de buenos sujetos para un pasatiempo mesmérico. Se imaginaban ser, bajo el poder de mi sugestión, ya soldados, marinos, subastadores, conferencistas, o cualquier otro personaje en que se me ocurriese pensar. Repitiendo estos ejercicios por algún tiempo, obtenía el completo dominio de ellos, escogiendo luego los mejores para realizar experimentos de mayor fuerza. Era detalle corriente conseguir que cualquiera de los muchachos se creyese una niña, y dedicase solícitos cuidados a un bebé imaginario; o bien trepaban por unos pilares en solicitud de un nido, notificando su cantidad de huevos o polluelos, y muy rara vez la cantidad notificada difirió de la que llevaba en la mente. Ninguna dificultad se ofrecía en la transmisión del pensamiento. Imitaban los sonidos que producen los animales de una granja, sentían el mareo, dulce la sal, amargo el azúcar; y en un mismo vaso de agua gustaban el sabor de cualquier líquido que se les sugiriese. Disponía de capacidad para hacerles creer, a casi todos, que lo frío era caliente; lo caliente frío; lo liviano, pesado y viceversa.

Muchas veces lograba que hombres potentes no pudiesen levantar un peso de una libra; y en más de una ocasión se irritaron,

porque hice que muchachos de corta edad levantaran pesos que ellos ni siquiera movían. Muy pocos los sujetos cuyos miembros no se pusiesen rígidos, débiles o paralíticos, y entre los varios que se prestaban voluntariamente al experimento público, se sometían a un estado de rigidez semejante al de un cuerpo muerto. Por ejemplo, una vez dispuse que un individuo se acostase sobre tres sillas, reposando su cabeza en una, sus talones en otra, y su espalda en la última. Luego por espacio de dos o tres minutos practiqué sobre él los pases mesméricos, después quité la silla del centro y me senté sobre su cuerpo, sin que cediese a mi peso. Luego colocando las manos sobre él, las fui levantando lentamente, verificándose el fenómeno de que el centro del cuerpo siguiera el movimiento de mis manos, sin mediar contacto alguno, hasta formar una curva. Al colocar de nuevo la silla y ordenarle que se despertase, se puso en pié, sueltos los músculos y normal el pulso.

No era un asunto extraordinario que desarrollasen los sujetos la clarividencia, así en lo público como en lo privado. Digo clarividencia, aunque tal vez no acertando debidamente, pues que los sujetos veían y oían sin usar de los órganos físicos de la vista y el oído. Por ejemplo, en una ocasión teniendo el sujeto los ojos cerrados y vendados cuidadosamente, díjelo: "Describidme la primera persona que ocupa la cuarta fila de asientos". Lo hizo con notable exactitud, y a veces con mucha jocosidad. Le pregunté, después, qué guardaba el caballero en su bolsillo. Me respondió con todos sus pormenores, y al mencionarme el reloj, le interrogué por la hora que indicaba, por el número inscrito en la cajilla, y por cualquier nombre o algo grabado en ella. A esto contestaba de ordinario sin equivocarse. Si resultaba una carta en el registro de los bolsillos, el sujeto describía (con la autorización del dueño) su contenido; y hasta, a veces, la persona que la escribió y el sitio en que se encontraba en tal momento. Algunos sujetos describían las casas de las personas que formaban el auditorio, y a quienes no conocían, hablando de cuadros, muebles, alfombras, y de los individuos allí presentes. Cierta vez se anotó una conversación que se averiguó luego, saliendo exacta. Y en otras ocasiones se refirieron incidentes ocurridos a personas del auditorio, que estas negaron; pero a raíz de la averiguación emprendida por los parientes, se comprobó su exactitud, si bien no se retenía el recuerdo.

La objeción que comunmente se formula contra el principio del renacimiento es que recordáramos, sin duda, las pasadas vidas, si ello fuera verdad. Ahora bien: si olvidamos completamente los sucesos de la vida presente ¿por qué deberíamos recordar las vidas pasadas? Algunos de los incidentes a que me he referido fueron muy importantes, de influjo para toda la vida. Pero no obstante de que estos experimentos me aseguraban de la verdad de ciertas afirmaciones que había leído tocante a los portentosos poderes latentes en el hombre, conservaba todavía el sentimiento de que obraba mal. Fortalecióse cada vez más este sentimiento interno de manera que vine en preguntarme: ¿estoy produciendo un daño a estos individuos? ¿Debilito su fuerza de voluntad, o lo que es lo mismo, su fuerza para resistir el mal? ¿Tengo algún derecho para controlar y dominar sus mentes y sus cuerpos? Y deduje la conclusión de que los perjudicaba, resolviendo, en consecuencia, no volver a hipnotizar a persona alguna, ni siquiera para curar las enfermedades. Por más de veinticinco años he mantenido esta resolución, y después que tuve conocimiento acerca de la Teosofía, me alegré de haber abandonado el hipnotismo. Fué entonces cuando llegué a comprender lo que sentí una vez intuitivamente.

Cursan diferentes teorías defendidas por diversos individuos, para explicar el cómo se producen estos fenómenos. Algunos se atienen a la vieja teoría mesmérica de que existe un fluido magnético que va del operador al sujeto, y como prueba citan las declaraciones de los clarividentes. También nos dicen que concurre a corroborar esta teoría el hecho del contagio de algunas enfermedades y de que se benefician los ancianos durmiendo con personas jóvenes. Otros pretenden que el pensamiento y la voluntad del operador se propagan por ondas etéreas, de una amplitud aún menor y de una frecuencia todavía mayor, que las que portan los rayos Roentgen. Se supone que las referidas ondas pasan de un cerebro a otro, despertando en el segundo cerebro una imagen similar a la del primero.

Pero ¿qué importa el cómo se producen los fenómenos si el efecto es malo? Charcot, uno de los más eminentes hipnotistas de estos tiempos, dice: "Cuanto más he examinado los hechos y más he adelantado en mi estudio, tanto más me he convencido de que el hipnotismo es una reacción y no una acción." ¿Qué quiere decir esto? Sólo puede dar a entender que el hipnotismo es, hasta

cierto punto, una suspensión de la fuerza vital que anima y controla el cuerpo del hombre. En otros términos: es lo que la Teosoffia declara que es, a saber: forzar el alma a salir del cuerpo, paralizar el Manas y separar de este principio a Budhi. Esa práctica es una inversión de la verdad. Ningún poder venido de Dios nunca debería emplearse para provocar una reacción por la que se debilite o se suspenda la voluntad del hombre, y se manejen por otra persona las facultades de la mente. Nadie debe tratar de dominar a otro, pues de esa manera infringe las leyes de su existencia y las de la fraternidad. Ningún derecho moral ni espiritual nos asiste para ejercer dominio sobre otro y compelerlo a ejecutar algo, ora creamos le sea beneficioso o no. El hipnotismo debilita la voluntad del sujeto y aniquila su independencia. Tiende a amortiguar sus facultades mentales, haciéndolas negativas y susceptibles de la influencia y del gobierno de la voluntad de los demás, los incapacita para dirigir sus propios pensamientos y acciones. Este es un pecado contra nuestro hermano. Los médicos lo emplean para la curación de enfermedades y alivio del dolor; y por esta circunstancia se le considera de ordinario un agente útil. Desconfiamos de ese ingenuo criterio y del mérito de los efectos producidos, aunque sin poner en duda la sinceridad y los benévolos impulsos de quienes lo emplean y abogan por su uso. En primer término, el hipnotismo descansa sobre el propio interés, y por lo tanto carece de verdadero beneficio para el hombre. Suprimir nuestra independencia y nuestra personalidad equivale a pagar, por el alivio de un dolor, un precio mucho más alto que lo justo. Quizás no creamos que se sigan aquellos resultados infelices, sino, por el contrario, dispondremos de fuerzas para resistir la voluntad de los demás en la vida cotidiana, y así gobernarnos a nosotros mismos. Acaso sea así, pero el peligro es grande. Si en la época de mis experiencias con el mesmerismo, me ocurría encontrar en la calle a uno de los que había mesmerizado, portando la vasija de la comida, y le decía: "Esa vasija está caliente!", dejábala caer al instante y sentía en la mano la sensación de una quemadura. Pero no obstante de saber luego lo falso de mi dicho, y de celebrar la broma a la par de los que presenciaban la cosa, no podía agarrar la vasija. Me fijé también en que los muchachos en quienes ejercía mi influencia, declaraban al ir a otra sesión mesmérica, que no se someterían al operador en la forma hecha conmigo; pero luego se hallaron en la

incapacidad de resistir. Esto fué en primer término lo que me condujo a abandonar la práctica.

Deberíamos tratar de triunfar de las enfermedades y del dolor procurando comprender y obedecer las leyes que regulan la vida y producen la salud y la fuerza. Deberíamos tratar de perfeccionar la vida, mediante el uso legítimo y el fortalecimiento de nuestros poderes corporales y mentales; porque el deber de todo hombre es gobernarse a sí mismo.

Acaso algunos preguntarán si no consentiremos que médicos competentes empleen el hipnotismo así mismo como les permitimos prescribirnos drogas venenosas. Dicen, además, que estas drogas no sólo vienen a ser inofensivas en sus manos sino benéficas positivamente; y de igual manera el hipnotismo, tan peligroso en manos de personas ignorantes, cambiaría por entero produciendo únicamente resultados felices si fuese aplicado por las inteligencias científicas, educadas, de la profesión médica.

Nuestros médicos poseen un conocimiento considerable acerca de anatomía y fisiología; pero muchos de ellos entienden muy poco de las funciones de la mente humana; y casi todos ignoran, por completo, el ocultismo. Un poder tan enorme como este no puede, sin peligro, ponerse en manos de una clase o profesión cualquiera. El poder es sólo digno de confianza en manos de sabios inegoístas, y de aquellos cuyo mayor deseo tiende a bendecir y no maldecir, a vivificar y fortalecer las mentes de nuestros hermanos, y no emboratarlas y amenguarlas; los que anhelan, en fin, aumentar y no aminsonar la fuerza de voluntad de los demás, de manera que todos se gobiernen a sí mismos, en perfecta armonía con las leyes de la existencia. La sugestión hipnótica es el reverso de ciertas leyes de la vida, y es inmoral hacer mal para que resulte el bien. Esto a lo menos está claro: que jamás debemos usar de nuestra voluntad para obligar a otro a que haga o se abstenga de hacer, aun cuando creamos que ello redunde en provecho suyo, y nunca, del mismo modo, debemos obligar a otros a aceptar una verdad por más importante que nos parezca. Es menester que tenga libertad de aceptar o rechazar, según su juicio. A nosotros sólo nos corresponde ayudar, exaltar, instruir; pero nunca dominar o mandar.

---



## Orden de la Estrella de Oriente

por Juan de Sales.

Algunas personas han tomado interés en saber si esta Orden guarda alguna relación con la Sociedad Teosófica; y por el derecho que nos asiste de emitir libremente nuestra opinión sobre cualquier materia, sin que de ella resulte, en forma alguna, responsable la Sociedad, afirmamos, desde luego, que no existe ninguna relación. Para los que saben que, en cumplimiento de un generoso designio de los Maestros, la Teosofía reapareció en América para fomentar el acercamiento de los hombres, por diferentes medios: por la propaganda del principio de la universalidad de la vida que contiene el concepto de la unidad de las almas, por el reconocimiento de la tolerancia como medio para descubrir el fondo común que relaciona a las diversas escuelas, o el vínculo que ata a las religiones; por la teoría de la Reencarnación que explica nuestra presencia en la tierra y pone en nuestras manos los instrumentos de nuestro propio destino, por la caridad como acto y como mente, por un sentimiento profundo de servir a los demás como deber, y de considerar la ley de la evolución como expresiva de la ética única y suprema; los que saben que semejante programa lo trazaron los Maestros para que los hombres volvieran los ojos hacia el camino interno, saben también que, por tales razones, la Sociedad Teosófica es el *órgano espiritual de la humanidad*.

Su labor tiende a purificar el medio en que la edad moderna crece, y una vez realizadas y creadas nuevas condiciones en el pensamiento general, se percibirán con un sentido más amplio y eficaz los altos beneficios del nuevo Cristo que resplandecerá a los fines de la centuria presente. En vista de lo expuesto, si creemos en la sabiduría de los que inspiran y conducen el movimiento, una idéntica creencia nos acompañará acerca de la Sociedad Teosófica; si aceptamos a los Maestros, aceptamos también su obra. Es claro que un teósofo sincero, convencido de los poderes espirituales que discurren hoy a lo largo de la agitación de las ideas contemporáneas, suavizando la intransigencia científica y el dogmatismo religioso, diciéndole al hombre que descubra en su voluntad el alto factor de su evolución, no va a desmentir su convicciones colgándo-

se devotamente del cuello una *estrella*, ni a desviar su fe en el poder incostrastable de la Sociedad Teosófica para referirla a un pedazo de metal de un dólar y medio. Del plan de nuestra filosofía se hallan proscritas las supersticiones en su sentido más extenso; y la *estrella* parece que se esfuerza ahora en reemplazar al escapulario católico. Saben, además, los penetrados del hondo mérito de nuestra doctrina que la única plegaria que eleva hacia la vida superior es el puro anhelo del corazón hacia ella, el anhelo infinito del amor en el pensamiento y en la conducta, la quemadura de las escorias terrestres en los fuegos internos, y nunca desviarán semejante conocimiento para asumir la apostura mecánica de vocear papeles escritos de oraciones, sin más eficacia que las novenas de santos de la Iglesia romana, veinte siglos hace condenadas severamente por el gran Nazareno.

De aquí que hayamos considerado pertinente exponer ante nuestros compañeros, y los que dedican alguna atención a la naturaleza de nuestro movimiento, el concepto que nos merece la Orden dirigida por el joven Alcione y protegida por Mrs. Besant. Distinta de la nuestra la esfera donde gira la Orden por sus tendencias psíquicas y dogmáticas, expresivas del genio personal de su protectora, y manifiestas desde que ella se separó del *organismo vivo de la Sociedad*, sus responsabilidades no nos tocan. Somos indiferentes a sus estrellas y oraciones.

Insertamos en seguida parte del mensaje del Jefe de la Orden, J. Krishnamurti, publicado en *El Herald de la Estrella* de Barcelona de España, 11 de enero de este año:

“En vista de que muchos miembros de la Orden manifestaron el deseo de llevar una cinta colgante de la *estrella*, resolví que la cinta fuese azul. Hasta ahora cada país ha escogido distinta tonalidad, de lo que resultan diversos matices. Creo conveniente la uniformidad en este punto, y al efecto encargué gran cantidad de cinta del matiz exactamente requerido. Se han cortado de ella trozos de nueve pulgadas (22,90) que yo mismo *magneticé de propósito* para el uso de cuantos miembros quieran llevarla. Los miembros de la Orden en Inglaterra y los representantes nacionales de otros países recibirán las cintas necesarias de la señora Emilia Lutyens, Plaza de Bloomsbury, número 29, Londres.”

Y agrega Emilia Lutyens:

“Las cintas a que se refiere el Jefe se proporcionarán a los re-

presentates nacionales al precio de 3 chelines (3,75 pesetas oro) por pieza de diez metros, libre de portes. Al criterio de los representantes queda la reventa de las cintas a los miembros de su jurisdicción."

Respetamos a cada quien los medios que emplea para realizar su mejoramiento, ya que la evolución en teosofía, o su esquema ético, descansa sobre el propio esfuerzo, sobre la voluntad puesta a lo alto, independiente de todo dominio extraño, o de toda limitación sugestiva. Desde H. P. B. los escritores más versados en la índole de nuestra filosofía, nunca han olvidado la advertencia de que se arriesgan a los peligros de la sombra, o de las malas artes, aquellos que aplican los recursos magnéticos o hipnóticos en favor de cualquier género de intereses especiales. Por lo tanto dejamos a cada quien que se interrogue acerca de los fines que persigue el Jefe de la Orden con la magnetización de cintas azules. Como esclarecimiento copiamos estas palabras de *Ecos de Oriente*, de Mr. Judge:

"Han dicho algunos que si los Adeptos Teosóficos verificasen algunos de sus hechos maravillosos ante los ojos de Europa, brotaría para ellos un número inmenso de secuaces; pero no sería esto, por cierto, el resultado. La consecuencia sería un dogmatismo y una idolatría peores que todas las que han existido, y tendría lugar una reacción de naturaleza perversa, imposible de contrabalancear."

Aunque aquí no se trata de ningún Adepto Teosófico, sin embargo, es probable suponer que no muy tarde se encuentre la Sociedad Teosófica empeñada en salvar al Occidente de una nueva y formidable idolatría. La adhesión a los Maestros y a la Sociedad, su obra, *órgano espiritual de la humanidad*, definirá nuestra actitud de servidores.

---

---

# ECOS Y NOTAS

## La Sociedad Teosófica y la Teosofía.

Recomendamos a los lectores este meritorio trabajo del Profesor H. B. Mitchell. Traza con esmero, con una honrada visión intensiva, las pequeñas como las grandes líneas que informan el plan, o la naturaleza de la Sociedad Teosófica. Tanto más recomendamos esa lectura por cuanto hemos recibido cartas que solicitan una explicación de por qué existen otras Sociedades del mismo nombre. En el escrito de Mr. Mitchell encontrarán la respuesta. Además, como es posible que haya quienes consideren asunto de división el hecho mismo de aquellas existencias, asimismo se penetrarán de que la Sociedad no puede dividirse. Es impersonal. El suceso, muchas veces repetido, de que uno o muchos miembros rompan con sus principios fundamentales, lo único que ese caso significa es el de una simple deserción; pero nunca una división, por cuanto los principios quedaron inatacables e incólume la impersonalidad de la Sociedad. Concebir divisible los principios o lo impersonal, no cabe dentro de la lógica. Otros opinan que cuando la Sociedad resolvió que su Cuartel General se fijara en Adyar, se trasladó la Sociedad también, como si la Sociedad se pudiera trasladar para ningún punto, fuera de aquel en que la fijaron los Maestros como centro y corazón, para la América y para el mundo. El mismo acto deliberativo, autonómico, consagrado por su Constitución, que determinó el establecimiento de algunos del tren administrativo en Adyar, fué el mismo acto soberano y libre que determinó el reconocimiento de Mr. Judge como Presidente de la Sociedad en América en la alta ocasión de Boston. Nadie puede intentar nada contra la libertad de la Sociedad sin que, desde luego, quede fuera de ella. Fué el mismo acto libre y soberano que dió origen al siguiente documento:

“W. Q. Judge.—Esq., Presidente de la S. T. en América.—  
Querido señor y hermano: Me encargan informar a usted, que

reunidos oportunamente los miembros de la Sección Europea de la Sociedad Teosófica, en la Great Cumberland Place 23, Londres, el 4 de julio, se resolvió unánimemente:

“Que las Ramas representativas de la llamada Sección Europea de la S. T., reunidas en Asamblea, declararan por la presente su completa autonomía, y que desde esta fecha la nueva organización se llamara: “La Sociedad Teosófica en Europa”; que”

“Esta es la Primera Convención anual de la Sociedad en Europa, organizada autonómicamente como tal; que

“La S. T. en Europa teniendo en cuenta los largos y constantes servicios prestados por el coronel H. S. Olcott al Movimiento Teosófico, le confirma, desde luego, su derecho al título honorario de Presidente-Fundador de la S. T.”.

“Luego se resolvió que se adoptara la Constitución (de la cual incluyo a usted una copia impresa).

Fué además resuelto, por proposición del doctor H. A. W. Coryn, apoyada por G. Mellis, que W. Q. Judge fuera el Presidente de la S. T. en Europa. Sometida a la consideración de los miembros, la Asamblea toda se puso de piés entre aclamaciones del mayor entusiasmo.

Considero innecesario añadir que con gran placer tengo el honor de comunicar a usted estos hechos; y de rogarle que anuncie la aceptación del cargo.

Sincera y fraternalmente,

*Archibald Keightley*”.

(“The Theosophical Forum”—Setiembre—1895).

La presencia del coronel Olcott en la India se explica por su misión indostánica de revivir el buddhismo, y quizás respondiendo semejante dignísima labor a vidas anteriores.

El Maestro de Maestros, el Maha Chohan, consultado por el Maestro Ku-Humi acerca del porvenir de la S. T., le respondió entre otros asuntos: “Por eso es por lo que el coronel Olcott, puede considerarse como persona que trabaja en el verdadero sendero de la Teosofía... porque no trabaja sino para revivir el buddhismo... (Año de 1880).

Mientras tanto la Sociedad Teosófica continuaba para el Occidente su labor desde América. El eminente teósofo J. D. Buck, dijo:

“La Sociedad Teosófica fué formada en América. Esta es la “*Sociedad Madre*”: todas las demás son ramas, secciones o renovos. H. P. B. predijo que la América constituiría la plaza fuerte de la Teosofía y que aquí nacería la Sexta Raza”.

El solo cambio realizado en la Sociedad en América, desde su organización, ha sido en lo que respecta al gobierno y poder de su dirección ejecutiva....”

(“The Theosophical Forum”—Mayo, 1895).

Quedan así satisfechos los compañeros que han pedido nuestros servicios.

### Fragmentos de una carta del doctor Franz Hartmann.

.....En la época del desgraciado juicio de W. Q. Judge, me coloqué del lado de Mr. Judge, no como muchos supusieron, por el interés de probar su inocencia en el escrito de cartas ocultas, porque si las escribió o no, nada importaba a mi asunto ni nada tenía ello que hacer con la Constitución de la S. T. La razón de por qué me coloqué a su lado fué porque el juicio envolvía la cuestión de la creencia en el Mahamato como dogma de la S. T. Fué equivalente a un juicio por heregía. La Constitución de la S. T. no prescribe la creencia en los adeptos ni en las cartas ocultas, en tanto que el juicio equivalía a una afirmación oficial de que la existencia de los adeptos era un dogma de la S. T. Por esta razón me adhería a todos los que, como creo, mantienen la Constitución de la S. T. libre de creencias dogmáticas, en reserva de que cada quien crea personalmente de por sí.”

Luego juzgando a Mrs. Tingley, dice:

“....sólo deseo afirmar que la iglesia de Mrs. Tingley nunca ha sido ni es ahora representante de la *real* Sociedad Teosófica, de la establecida por H. P. Blavatsky, ni tampoco del *real* W. Q. Judge, nunca jamás parecido a la caricatura que los partidarios de Mrs. Tingley han hecho de él, y de la cual han creado un objeto de adulación e idolatría....”

.....  
Firmado: *Dr. Franz Hartmann.*

Hallein, Austria, marzo de 1898.—(“The Theosophical Forum”).

“El católico-romano es libre, en la Sociedad Teosófica, de reconocer la autoridad infalible del Papa de Roma; el judío, de creer que la ley de Moisés es lo que se necesita cumplir; el budhista, de venerar a Buddha; el turco, de tener a Mahoma como al único profeta”.—Carta citada: Doctor Hartmann.

### Yoga Sutras of Patanjali.

Traducidos y comentados por Charles Johnston, es un libro que este autor publicó y vende directamente. También se obtiene del Secretario de la S. T., 159 Warren St., Brooklyn. Es una obra que debieran poseer y estudiar todos los lectores del *Quarterly*. Contiene una traducción literal, y a la vez inteligible, de los Sutras, toda ella de comentarios luminosos que simplifican y hacen aplicables a la experiencia de la vida diaria los aforismos de Patanjali y su profunda sabiduría espiritual. Uno de los miembros más antiguos y activos de la Sociedad, residente en Inglaterra, antiguo discípulo de Mm. Blavatsky, nos escribe sobre esa obra lo siguiente: “Sus comentarios han vertido en mi espíritu una luz de que carecía, una con vínculo admirable el Oriente y el Occidente, de manera que considero ese libro como uno de los mejores trozos de verdadera literatura teosófica que se haya dado en el mundo. Entre los de su género es lo culminante de la época, y una de las mejores salvaguardias contra los desatinos y lados materiales del *Nuevo Pensamiento* y de la *Ciencia Cristiana*. Demostrando que lo inferior es “vano”, eleva a un plano superior de conciencia.

E. T. H.—(Del “Quarterly”—Abril, 1913).

### Carta,

La publicada en nuestro número anterior la dirigió H. P. Blavatsky a Mr. Judge cuando la Gran Asamblea de las Ramas americanas reunidas en Chicago en 1888. Judge ejerció la Secretaría General. Mr. Charles Johnston hace referencia al título de “Salvador de la S. T.” en su discurso de apertura de la Gran Convención teosófica de abril de 1909. Aquella carta está recientemente publicada en *El Sendero Teosófico*, de California, diciembre, 1912.

### “El Nuevo Diario.”

Con motivo de la publicación del retrato del joven Krishnamurti, este diario, abierto a las varias corrientes de las ideas que hoy ganan arraigos y transparentan como un nuevo sentir u otro pensar en lo tocante a la percepción mística, describe con el oro suelto de las grandes palabras, repitiendo el fervor de los ungüentos olorosos en los pies sagrados, ese advenimiento cíclico de los Maestros admirables que bajan a tierra a inclinar el hombro divino bajo el madero doloroso de las muchedumbres. Percibe, en su dignidad de escritor de oído, que en el corazón del mundo salta en gozo la sangre de las rehabilitaciones espirituales, y se difunde la gloria de un ritmo nuevo, en medio a la agonía oscura y solemne de algo viejo, o de algo enfermo, que parece que se muere, o parece que se derrumba. Sutiles las pupilas del pensador desprevenido, sorprenden cómo se complican las sombras de las severas cerrazones en el vago horizonte; y profetiza—radiando lúgubrememente en los muros de la época los tres letreros de Baltazar—mucho tierra removida y raíces afuera, el rasero de los cataclismos históricos limpiando de tradiciones, imperios, vicios, ídolos, ideas, la vía de la humanidad; pero anunciando, también, la augusta proyección de las Grandes Almas por las convulsas laderas del Himalaya taciturno, quemándose los corazones en un holocausto de amor, las blancas cabezas meditando sobre el itinerario de los hombres, enviando, desde los picachos imponderables y del dosel doblemente puro de las albas y de la nieve, la dulce tropa mística, llama en el persa, pentagrama de estrellas en el mago caldeo, piedra dura como el misterio en los sepulcros del Nilo, impecabilidad de música en los labios de Orfeo, miraje milagroso cuando en el Sermón de la Montaña, abierto el redil de los cielos, salieron afuera, a caminar el mundo, a la par de los leones de Roma, los corderos del Nazareno. Esconde el escritor una de esas naturalezas tocadas por el rayo de Damasco; y a través de las brumas, que lo arropan, de las ideas modernas, ensancha el candor y el asombro de sus ojos de apóstol. No de un todo conforme con sus conclusiones, lo estamos en muchas amplias líneas que abarca con un hermoso talento sintético. Si tendiera la mano hacia nosotros, se tropezaría con la nuestra, ya



tendida hacia él, ansiando un apretón de reconocimiento cordial, en esta hora buena de la raza, en que porfía el paso, entre las viejas banderas, la nueva de la fraternidad teosófica.

### Gratitud.

La tenemos, por entero, para el fino cronista de *El Nuevo Diario* por las palabras de sano júbilo conque oblationó el regreso de *Dharma*, que hoy se acerca modestamente entregando a los vientos de la prensa su blanco sayal de peregrino entre los suyos. Rendimos igual reconocimiento a los demás periódicos de la Capital y del resto de la República. Algunos se preguntarán al oír el extraño acento de nuestra propaganda si ella pondrá estremecimientos, aun cuando sea en poco, en medio de este ambiente que cierra el excepcionalismo con todas las angustias de su vacío y que cae, cubriendo la luz que portamos, como el celemín del Nazareno. Esta labor pregonadora nuestra fe. La aseguramos en el caudal de nuestra literatura como en la lógica de nuestra filosofía, en la ciencia de nuestra ética como en el capítulo de mayor interés que estos dos siglos últimos han compartido en sus anales. Su influjo ha sido intenso en Europa y en América. Ya no asila a generaciones ateas bajo sus banderas de rebeldías, las cátedras que labró el genio de Darwin. La clarividencia, la clariaudiencia, la telepatía, multitud de ecos que suben a la tierra de lo hondo de los misterios, han vuelto a las Academias de cara a los cielos, de manera que los sabios del positivismo han ocurrido a la Esfinge a interrogarla. Otras notas y otras emociones afinan el arte, sobre todo en América; y muchos de sus ejemplares más excelentes vienen a nuestra caja de joyas a traslucir, debajo de la fatiga del repujo, o de las facetas límpidas, la sensibilidad de los orfebres orientales. No hace mucho, merced a la Teosofía, se recorrió el velo, que una vez ocultó anchos abismos, para que se viera el espectáculo admirable de una asamblea de religiones. Congresos, centros de ciencia, de literatura, sacerdotes de varios altares, lo mismo que la mujer, lo mismo que los tristes de la vida, avanzan el intento generoso de que se borre la agria postura de la espada, o del escudo, para que se alcen los brazos en señal de paz, para que se acerquen los pechos en señal de amor, y se dé el testimonio de recomenzarse la historia humana con la fraternidad de los hombres. La Teosofía cubre con sus cen-

tros la tierra. A sus recintos de estudio penetran, sin escrúpulo, las mayores mentalidades. Tenemos, pues, fé en la obra y en la América.

### “Luz y Armonía.”

El correo nos trajo el número 4 de esta selecta Revista teosófica de la Rama de Altgracia de Orituco. El texto brinda un rico presente a sus lectores. Hélo aquí: *Jesús*, escrito sereno que perfila al hebreo divino, no como la carne que la cruz descoyuntó, sino como una fuerza espiritual que empuja, sin duda, hacia el acontecimiento del Tabor, toda la masa de las agrupaciones occidentales; *La trascendencia de la acción*, que aclara, con lujo de raciocinio, el hecho real de que todo hombre, tal cual es, se debe a sí mismo, así el carbonero como el dueño de pueblos; *El conflicto balkánico*, refiere con brillo, el último drama sangriento, a los despotismos asesinos de varias épocas que han provocado, al fin, la explosión de pólvora de cien odios, para que el dolor de victorias humeantes cubra y borre de lo alto de la historia la faz lívida de la *Media Luna*; *A una hermana*, es una página sencilla, donde la más fina tolerancia teosófica, prueba que todas las creencias son buenas dentro del concepto fundamental del amor, como son necesarios todos los caracteres dentro del concepto de la evolución; *Cartilla Teosófica*, es una importante traducción del inglés que bosqueja el plan cósmico y humano, partiendo de la Substancia y de la Mente Universal a la materia y la conciencia; *Hacia el porvenir*, resuena como una voz de aliento y suelta delante del Progreso la gracia de un himno de valor y de constancia; *Una carta*, pudo muy bien titularse: *Una enseñanza*. El autor, con tino y experiencia, condena el fenomenalismo psíquico, describe los peligros de las prácticas espiritistas y define la doctrina teosófica como la única clave explicativa de las manifestaciones astrales; *La Fe*, como lo dice su nombre, exalta esa fuerza de ánimo que obliga a salir a nuestro encuentro el ideal que buscamos. Termina la Revista con una valiente defensa de nuestro compañero, señor Bartolomé Losada. Felicitamos al brillante grupo de Altgracia de Orituco, el ruido de cuyos pasos de avance nos pone gozo en el pecho y confianza en la felicidad de nuestra obra.

## LIBROS DE VENTA

en la Biblioteca de la Sociedad Teosófica

Canónigos a Esperanza número 38

### CARACAS

La Voz de la India.....	B 1.50
Filosofía de la alimentación.....	2.50
El Hombre y sus cuerpos.....	2.
Luz en el sendero.....	1.50
La Voz del silencio.....	1.50
Doctrina del corazón.....	1.50
El Poder del Pensamiento, su dominio y cultura... ..	2.
Vegetarismo y ocultismo.....	75
La clave de la Teosofía.....	6.
El respeto a todo sér viviente.....	1.50
El hombre; fragmento de una historia olvidada... ..	3.
Nuestra relación con los niños.....	75
Hacia el Templo.....	3.25
Reencarnación en el nuevo testamento.....	1.25
El sistema al cual pertenecemos.....	1.
Creencias fundamentales del Buddhismo.....	2.
Apolonio de Tyana.....	2.50
Pitágoras .....	4.
Bhagavad Gilá.....	3.
El despertar.....	2.
La Iniciación.....	3.50
Lo que es la Teosofía.....	2.50
El Umbral del misterio.....	4.
Filósofo autodidacto.....	4.
El Buddhismo esotérico.....	2.50
Los Grandes Iniciados.....	8.
Protectores invisibles.....	3.
Manual Teosófico y constitución Septenaria.....	2.
Ciencia Oculta en la Medicina.....	2.50
Magia Blanca y Negra.....	5.
Los tres senderos de perfección.....	2.50
Leyes del destino.....	4.
El Cristianismo esotérico.....	6.
Siete grandes religiones.....	6.
En armonía con el Infinito.....	4.